

EL QUINTO GRUPO

UNA HISTORIA DE SAN DESVELO



THILO WILTS

EL QUINTO GRUPO

Una historia de San Desvelo

THILO WILTS

El quinto grupo
Una historia de San Desvelo

Autor: Thilo Wilts
© 2026 Thilo Wilts
Todos los derechos reservados.

Este libro es una obra de ficción. Sus personajes y acontecimientos son imaginarios.
Cualquier semejanza con personas o hechos reales es pura coincidencia.

CONTENIDO

Prólogo - Dentro de la pared

Capítulo 1 - Sensor tres

Capítulo 2 - Cinco grupos

Capítulo 3 - Expediente de pruebas

Capítulo 4 - Señal débil, intermitente

Capítulo 5 - El quinto punto

Capítulo 6 - Caseta 8421

Capítulo 7 - La quinta línea

Capítulo 8 - Interrumpida

Capítulo 9 - Ya no necesita la radio

Capítulo 10 - Sin medición

Epílogo - Fuera de San Desvelo

«Pintamos lo que queda cuando algo desaparece.»

Colectivo La Línea Perdida

PRÓLOGO

Dentro de la pared

•

Celia Ríos no se despertó de una explosión. Era una voz femenina la que la despertó, y precisamente su calma hizo que fuera difícil empujarla de nuevo al sueño.

La voz venía de la parte trasera de la casa. Allí estaban la lavandería, el estrecho patio y la sala de hormigón, que durante años Celia solo llamaba Caseta, porque nadie tenía un nombre mejor para ello. Escuchó cinco dígitos a través de la pared. Un descanso. Cinco más. El sonido no era fuerte. Tenía la pronunciación clara y paciente con la que antes se habían repetido los números por teléfono.

Celia se quedó acostada.

El reloj de la mesita mostraba 2:17. La luz roja arrojó un borde débil a la botella de agua al lado. Nada se movía en la casa. El ventilador había estado parado desde la medianoche porque el rodamiento se había secado y su rodamiento silbaba a cada vuelta. De la carretera llegó un mototaxi tardío, primero el motor, luego el breve traqueteo sobre la cubierta suelta del desagüe. Después de eso, la voz volvió a estar sola.

«Cinco dos cuatro once», dijo ella.

Celia se sentó. La sábana se deslizó de sus rodillas. La Garúa había hecho la noche fría sin atar el polvo. Había pequeñas gotas en la parte inferior de la ventana. Se quitó el cárdigan de la silla y entró en el pasillo.

En la pared colgaba un cuadro del Señor de los Milagros. En la luz roja de la cocina, el marco parecía torcido. Celia no lo juzgó. Conocía la casa en la oscuridad: tres pasos hasta la puerta de la antigua habitación de los niños, cuatro hasta la cocina, luego el escalón, que era más bajo que los demás. Detrás de la cocina, una puerta de metal conducía al patio.

La voz siguió hablando.

«Cero tres ocho dos uno.».

No sonaba como una radio del barrio. Celia sabía cómo las voces recorrían las casas de Las Palmeras. La música llegó a través de los tejados, las noticias a

través de las ventanas abiertas, el fútbol a través de calles enteras. Esa voz estaba en el hormigón. Estaba seco y cerca, sin la reverberación metálica de un altavoz.

En el patio olía a polvo húmedo y pintura en los cubos cerrados. Celia encendió la lámpara sobre la puerta. Su luz amarilla solo alcanzó la mitad de la caseta.

El edificio residencial había crecido alrededor de la habitación. Cuando Celia se mudó a principios de los noventa, la caseta ya estaba allí: una caja baja y sin ventanas, de tres escalones de ancho, cuatro de largo, con una puerta de metal y una abertura de ventilación bajo el techo. Más tarde, la lavandería se añadió a la izquierda y la habitación de su hijo a la derecha. El espacio se quedó. Se almacenaban cosas en él que no eran lo suficientemente buenas para la casa y demasiado útiles para la basura: sillas plegables, dos ventiladores defectuosos, cubos de pintura, una bolsa con restos de azulejos y una figura de procesión cuya mano necesitaba ser reparada.

La cadena estaba sobre la puerta de metal. El candado estaba cerrado.

«Siete tres cero cuatro cuatro.»

Celia no se acercó. Solo se dio cuenta de que la voz estaba realmente detrás de la puerta. No en la casa de al lado. No en la calle. Detrás de la puerta.

«Uno uno dos siete ocho.»

Luego vino un descanso que fue más largo que los demás. No se movía aire en la abertura de ventilación. Celia escuchó su nevera saltar en la cocina.

«Repetimos.»

Ella volvió a la casa.

No fue una decisión valiente ni temerosa. Celia había aprendido en su vida que no cada perturbación nocturna se hizo más pequeña con la apertura inmediata. Una tubería de agua podría esperar hasta la mañana si no goteaba. Un perro callejero seguía caminando si no se le daba de comer. Y una puerta cerrada seguía siendo inicialmente una puerta cerrada.

En la cama, volvió a poner la sábana por encima de las rodillas. La voz repitió los grupos. En el último, Celia no estaba segura de si escuchaba cinco dígitos o solo conocía el ritmo. Después de eso, el hormigón permaneció en silencio.

Por la mañana, preparaba agua para el café, barreba el pasillo y llevaba una bolsa con botellas vacías al patio. La Garúa colgaba brillantemente sobre los tejados. En los tanques de agua negros había gotas que eran demasiado pequeñas para correr a cualquier parte.

La puerta de metal de la Caseta estaba abierta.

Celia se detuvo en el escalón. La cadena y el candado todavía colgaban del ojal. La cerradura estaba encajeada. La puerta sobresalía a un ancho de mano del marco, como si el metal detrás se hubiera vuelto más grueso.

Dejó la bolsa y siguió empujando la puerta con el palo de la escoba.

En la habitación, las sillas plegables estaban en su lugar. Los ventiladores estaban uno encima del otro. La figura del santo se apoyó contra la pared, con la mirada fija en un cucharón de pintura. Había polvo en el suelo.

Una nueva línea recta pasaba por el polvo. Comenzó en la pared con los tubos de cable cortados y terminó en la puerta.

Celia la miró el tiempo suficiente para ver que no había rastros de ratones ni huellas de zapatos al lado. Luego cerró la puerta, revisó la cadena y sacó las botellas. No mencionó el incidente en el desayuno.

Alrededor de las nueve, su vecina Rosa vino por un depósito de agua. Celia la ayudó a soltar la tapa. Mientras estaban en el patio, Rosa miró a Caseta.

«La puerta estaba abierta», dijo.

Celia puso la tapa en la pared. «Ahora ya no».

«Pensé que habías sacado las sillas».

«No.»

Rosa fue a la abertura de ventilación, pero se quedó fuera de la sombra de la pared. «Mi radio volvió a tener este ruido por la noche».

«Tu radio ha estado en el ruido desde Navidad».

«Solo si el autobús va hacia el norte».

«Entonces arregla el autobús».

Rosa se rió y tomó el contenedor. Ella no preguntó más. En Las Palmeras, muchas conversaciones consistían en cosas que se mencionan sin convertirlas inmediatamente en un problema común. Celia se alegró de eso. Si Rosa hubiera preguntado por números, debería haber respondido.

Más tarde, Celia volvió a barrer el patio. La línea recta no se pudo eliminar por completo. Allí, el hormigón se mantuvo más brillante, como si algo de polvo más viejo hubiera empujado hacia un lado. Celia le puso un cunte de pintura. No para ocultar el rastro. Solo porque el cubo tenía que estar en algún lugar.

En Las Palmeras había otras cosas de las que hablar por la mañana. Un camión de agua llegó tarde. Un camión había perdido arena en la carretera de acceso. Dos casas más allá, alguien buscaba la llave de un mototaxi.

La pared se quedó en silencio.

CAPÍTULO 1

Sensor tres

.

El Toyota rojo tomó la última curva debajo del Cerro Vigía en la segunda marcha. El Garúa estaba cerca de San Desvelo. Desde la ciudad, solo se veían las calles principales naranjas y la lámpara roja en el mástil de Radio Desvelo, muy al norte de El Faro. El mar faltaba por completo.

En la guantera, un alicate golpeó contra el plástico con cada bache.

«Eso pertenece a la bolsa», dijo Inés.

Rafael sostuvo el termo entre los pies. «Ella quería conducir».

«La herramienta no quiere nada».

«Entonces está relacionado con los instrumentos de medición».

Inés cambió de marcha. El motor se hizo más ruidoso. «El sensor tres ha estado reportando cero punto cero durante dos horas».

«Tal vez no haya viento».

Las ramas en el borde de la carretera pintaron la puerta del pasajero.

«Posible», dijo Inés. «Entonces todo el cerro se mueve por otra razón».

La estación meteorológica consistía en el edificio principal blanco bajo, dos contenedores y el mástil con los instrumentos de medición. La sal se sentó como una corteza clara en los tornillos y bordes. En el contenedor más antiguo, casi solo quedaba el año 1998 de un cartel. Entre ellos se podía reconocer el PROGRAMA COSTERO DE VIGILANCIA, si se sabía lo que había parado allí.

Rafael abrió la puerta. El cerrojo se atascó en el mismo lugar que la semana anterior. Él pateó el marco, no el pestillo.

«Muy exactamente», dijo Inés desde el coche.

«Ahora está abierto».

«Esa no era mi pregunta».

«No tenías ninguno».

En el interior olía a café frío, polvo y electrónica caliente. El sensor tres estaba como una línea roja en el monitor derecho. Suministro normal. Conexión normal. Valor medido cero. Inés abrió el programa de diagnóstico mientras Rafael tomaba la herramienta y el dispositivo de prueba.

El error no se debió al sensor. El rotor giró, la carcasa estaba seca, los contactos estaban apretados. Rafael llamó a los hallazgos del mástil. Inés confirmó a cada uno con un breve «sí», como si lo encadenada.

Después de veinte minutos, encontró una consulta pendiente. Terminó el proceso. El valor medido saltó a tres punto ocho metros por segundo, cayó a dos punto nueve y aumentó con la siguiente ráfaga.

Rafael entró y se limpió las manos con un paño.

«Software».

«Software», dijo Inés.

«Para eso nos fuimos».

«No. Para ello, hemos comprobado si es software».

Rafael erramó café en la tapa del termo. Ya tenía frío. Junto al estante había una caja de transporte gris del viejo contenedor. Los habían abierto por la tarde porque Inés buscaba un reemplazo para el registrador de datos fallido. Había un sensor de lluvia sin soporte, dos rollos de cable quebradizo, una pequeña grabadora analógica y un receptor multibanda, cuya carcasa se había desnudado en las esquinas.

«La voy a desmontar», dijo Rafael.

«Hoy no».

«No he dicho hoy».

«Lo pusiste sobre la mesa».

El receptor estaba de pie junto a su bloc de notas. Rafael había conectado un cable de alimentación reparado y había guiado la salida al ordenador a través de un pequeño convertidor. La escala era imprecisa. Dos botones ya no tenían rotulación. No necesitaba el dispositivo para el sensor tres. Pero los dispositivos que habían estado en cajas durante años no mejorarían si los dejabas más tiempo.

Inés escribió el informe. Rafael giró el control del volumen. El ruido llenó la habitación. Seleccionó las áreas una por una, comprobó la iluminación de la escala y golpeó una vez contra la pared lateral. El ruido se oscureció.

«Método técnico», dijo Inés.

«Comprobación de contacto».

«¿Con la mano?»

«Aparato muy versátil».

A las 2:16, la estación meteorológica cambió automáticamente al siguiente bloque de memoria. En el monitor, las marcas de tiempo se movieron una línea. Afuera, una cubierta suelta golpeó el mástil dos veces.

Rafael retrocedió lentamente el botón de voción. El ruido se hizo estrecho, luego ancho. Por un momento escuchó un alto portador. Después de eso, nada más que el suave zumbido de la red.

El reloj digital sobre la mesa saltó a 02:17.

Una mujer dijo: «Cinco dos cuatro once.».

Rafael soltó el botón.

Inés dejó de escribir. La voz venía del altavoz del receptor, tranquila, profesional y sin el suave canto de la publicidad local. Cada dígito estaba solo. Después de la quinta siguió un descanso.

«Cero tres ocho dos uno.».

Rafael sacó el bloc de notas. El lápiz estaba debajo del cable. Lo liberó y escribió.

52 478.

La voz ya hablaba el segundo grupo. Rafael taró el número. No sabía por qué los había escrito. El primer grupo había sido 52 411. La puso al lado.

«Nueve nueve dos uno siete.»

Inés agarró la grabadora. Lo encendió, lo puso frente al altavoz y dijo en voz baja la hora. Rafael escribió 99 217.

«Siete tres cero cuatro cuatro.»

73 044.

El descanso antes del último grupo fue más largo. El receptor emitió estática. Afuera, una ráfaga rozó la pared.

«Uno uno dos siete ocho.»

11 278.

«Repetimos.»

La voz comenzó de nuevo. Esta vez Rafael leyó sin mover los labios. Después del tercer grupo, el altavoz se agrietó. La voz cayó por dos dígitos y regresó como si hubiera continuado detrás de una puerta cerrada.

Inés no tocó al destinatario. Miró el nivel de la grabadora.

Después de la repetición vino un sonido bajo. Estaba bajo el ruido, no muy fuerte, pero lo suficientemente estable como para que Inés abriera el analizador de espectro. Antes de que se publicara el anuncio, el sonido se interrumpió.

El receptor volvió a emitir estática como de costumbre.

Rafael esperó. «Tú lo has oído».

«Sí».

«¿Todo?»

«Una voz femenina. Cinco grupos. Repetición».

«Cinco grupos de cinco dígitos cada uno».

«Lo comprobaré en la grabación».

Rafael señaló su bloque. «Aquí».

Inés miró primero a los cinco grupos y luego al número tachado.

«¿Qué es 52 478?»

«Incorrecto.»

«¿Por qué?»

«Porque ella dijo 52 411».

«No quise decir eso».

Rafael dejó el bolígrafo. «Me he prescrito».

Inés copió la grabación en el ordenador y luego en un segundo soporte de datos. Dejó el archivo original cerrado, abrió la copia y jugó los primeros veinte segundos. La voz era comprensible en él. No tan cerca como en la habitación, pero disponible.

Desenectaron el receptor de la red. La voz no volvió. Rafael colocó el dispositivo sobre la mesa de trabajo sin tocar el botón de afinación. Inés midió la salida, comprobó la toma de audio y comparó el reloj de la grabadora con el ordenador de la estación. La grabadora continuó durante siete segundos. Ella lo escribió.

«¿Si alguien envió abajo?», preguntó Rafael.

«Entonces necesitamos una forma en la que este dispositivo pueda recibirlo».

«Antena».

«¿Cuál?»

El receptor estaba conectado a una toma vieja en el contenedor a través de un cable corto. No estaba ocupado en ningún plan actual. Rafael siguió el canal de cable hasta la pared. En el exterior, un delgado cable coaxial terminó en un distribuidor oxidado bajo el techo. Desde allí, una línea corría hacia el mástil y una segunda hacia el suelo.

«No era para el sensor meteorológico», dijo.

«Eso todavía no es una función».

Fotografiaron el curso. Rafael quería abrir la lista de distribución. Inés le hizo comprobar primero el suministro y la puesta a tierra. Ambos discretos. Detrás de la tapa había humedad, sal y dos ramas en desuso. N-5 estaba grabado en una marca de cerámica. Los signos también podían significar N-S si se giraban noventa grados.

Rafael giró la cabeza.

«No es el mundo», dijo Inés.

«Solo la marca».

«Tanto esos. Fotografiamos ambas orientaciones».

El viento impulsó a Garúa contra sus chaquetas. En la parte inferior, San Desvelo quedó casi completamente cubierto. Solo las luces de Centro y un punto rojo sobre Radio Desvelo estaban en gris.

«Si fuera el antiguo canal», dijo Rafael, «tendría que haber alguien allí».

O cualquier otra emisora de forma similar. O dispersión. O una grabación en la sala».

«¿Encontraste uno?»

«No.»

«Entonces tenemos cuatro explicaciones sin hallazgos».

«Tenemos una voz con resultados y cuatro posibilidades abiertas».

A Rafael no le gustó su orden. Sabía que ella tenía razón.

«Así que no hay un programa de radio que solo nosotros recordemos», dijo Rafael.

«No dije eso».

«Todavía no».

Inés abrió el informe del sensor tres. Bajo comentario ella escribió: *interferencia no identificada; registro de audio adjunto*. Luego agregó el dispositivo, la ruta de conexión y la hora.

«¿Qué frecuencia?», preguntó Rafael.

«No es resistente».

«El regulador estaba...»

«En una escala no calibrada de un dispositivo de una caja».

«Aproximadamente».

«No hay una frecuencia aproximada aquí».

Rafael miró al receptor. La luz de la escala permaneció endeda. «Entonces volveremos a escuchar mañana».

Inés guardó el informe. «Mañana revisaremos el dispositivo».

«Eso es lo que dije».

«No.»

Enrolló el cable del micrófono. Afuera, la Garúa había cegado la ventana.



Fig. 1 · Viejo receptor multibanda en la mesa de trabajo de la estación meteorológica Cerro Vigía, 02:17. Fotografía del archivo de pruebas, 2026.

Cuando Rafael apagó la luz más tarde, la escala del receptor permaneció brillante por un momento. Fue solo un condensador que se descaró. Él lo sabía. Sin embargo, esperó hasta que la última línea desapareciera.

CAPÍTULO 2

Cinco grupos

.

La noche siguiente, la voz no dijo nada.

Antes de esperar, Rafael e Inés dividieron la primera recepción en pasos de trabajo. Esa era la condición de Inés para no solo recordar el evento. Fotografiaron al receptor desde todos los lados, pasaron las pegatinas de inventario aún legibles y comprobaron el cable de alimentación. Rafael limpió los contactos sin cambiar la posición de los mandos giratorios. Inés pegó marcas delgadas en las escalas. Cada toque recibió una hora.

El generador de señales mostró que la escala no se desviaba uniformemente en ninguna área. En un punto estaba cerca del objetivo, a unos centímetros de distancia, varias unidades al lado. Además, el mismo sonido de audio apareció en dos configuraciones diferentes. Una mezcla defectuosa en el dispositivo era más probable que dos transmisores.

«No podemos especificar una frecuencia con esto», dijo Inés.

«Podemos especificar la posición del botón».

«Sí».

«Eso es casi una frecuencia».

«No.»

Sin embargo, Rafael dibujó la posición. No como valor, sino como forma: una muesca en el botón, un rasguño en la pintura, el borde de una cinta descolorida. En la pared trasera del receptor, la pegatina 8421 estaba debajo del polvo y el pegamento. Además, el resto de una segunda etiqueta, en la que solo quedaba N-5, estaba pegado.

Hicieron que un técnico en electrónica de Centro revisara el receptor sin reproducir la grabación. Encontró condensadores envejecidos, una toma de audio posterior y una reparación en la que dos cables podrían haberse intercambiado. Nada explicó una voz externa. Todo explicaba por qué el dispositivo no era adecuado para obtener información de frecuencia precisa.

El técnico en electrónica giró el botón y captó un sermón durante segundos, luego música, luego la radio de un conductor. «Estas cosas viejas están tomando lo que no deberían tomar», dijo. «A veces también la lámpara del taller».

«¿Números?» Preguntó Rafael.

«Cuando alguien envía números».

Inés también escribió eso. Rafael notó que una explicación banal no se debilitaba solo porque permaneciera incompleta. Sin embargo, deseaba que el hombre hubiera dicho algo más seguro.

Rafael se sentó en la mesa de trabajo hasta las 2:31, a pesar de que su turno había terminado a las dos. El receptor multibanda estaba conectado a través de un transformador de separación. Inés había comparado la escala con un generador de señales en tres puntos y había colocado una nota al lado: *Desviación no lineal. No se puede leer la frecuencia.* Rafael leía la frase cada vez que movía el botón.

La estación proporcionó viento, humedad y temperatura. El antiguo receptor proporcionaba ruido. A las 2:17, un camión pasó por la carretera costera. Su motor se encendió en tres etapas y volvió a caer.

Rafael no escribió nada.

La tercera noche esperó en casa. A las 2:17 escuchó el ventilador del apartamento vecino a través de la pared. El campamento golpeó cuatro veces, hizo un descanso y golpeó una quinta vez. Se levantó, encendió su propio ventilador y escuchó ambos ritmos hasta que ninguno formó un grupo.

En la cuarta noche, volvió al Cerro.

«Estás libre», dijo Inés por teléfono.

«Voy a buscar el medidor gris».

«A las dos y media».

«Entonces no hay tráfico».

Se quedó en silencio durante tanto tiempo que Rafael escuchó el zumbido de la iluminación de la estación.

«No cambias nada solo», dijo ella.

«Voy a buscar un dispositivo».

«Rafael».

«Sí».

«Eso no fue una confirmación».

Se sentó a la mesa. «Entonces sube».

Inés llegó doce minutos antes de las dos. Trajo dos tazas de café y puso la sin azúcar frente a Rafael.

«Es tarde», dijo.

«Traigo café».

«Eso no cambia la hora».

Inés lo miró. «Te has dado cuenta de eso».

Juntos configuraron el experimento: receptor, grabadora, segunda grabadora en el otro extremo de la sala, fuente de tiempo del ordenador principal, ningún cambio en la afinación después de 2:10. Inés fotografió la posición de los reguladores. Rafael selló un interruptor con una fina cinta de papel.

A las 2:17, el ruido se mantuvo sin cambios.

A las 2:19 llegó la voz.

«Tres tres uno cero siete.»

Rafael escribió el grupo antes de que Inés tocara la grabadora.

33 107. Después 77 092, 44 158, 00 933, 55 120.

La segunda serie. Todavía no la conocían con ese nombre. Para Rafael, ella era diferente. Los descansos fueron más cortos, la pronunciación era la misma. Después de 55 120, la voz no dijo *Repetimos*. Comenzó de nuevo con 33 107.

La grabadora en la mesa mostró el nivel. El segundo se mantuvo casi plano.

«Cable», dijo Rafael.

«Espera».

En el repaso, Rafael escuchó cinco grupos. Inés levantó la mano después de la cuarta. La voz todavía decía 55 120, lo suficientemente claro como para que escribiera cada dígito. Luego terminó la transmisión.

Inés jugó primero la grabadora eliminada. Ruido, una silla, el bolígrafo de Rafael. No hay voz.

Había cuatro grupos en el aparato de mesa. 33 107, 77 092, 44 158, 00 933. Después del último siguió el ruido. Faltaban 55 120.

«La has oído», dijo Rafael.

«He escuchado cuatro».

«Has levantado la mano delante de la quinta».

«Levanté la mano porque la repetición terminó».

Rafael le giró el bloque. Los cinco grupos estaban alineados.

«Le escribí mientras ella hablaba».

«No lo niego».

«¿Qué niegas entonces?»

«Nada todavía». Inés se puso el segundo auricular. «Estoy separando tres cosas: la grabación, mi recuerdo y tu nota».

Escucharon el archivo una vez más. Cuatro grupos.

Rafael saltó al principio. En la segunda reproducción, la pausa después de 00 933 sonaba más larga. Sabía que el último grupo había sido allí. El conocimiento no llenó el vacío.

Inés escribió en su acta: *Cuatro grupos claramente registrados. R. informa de cinco. I. recuerda cuatro.*

«Puedes escribir que escuché 55 120».

«Lo he hecho».

«Sin inicial».

«No.»

Rafael dejó el bolígrafo. El plástico que se enfriaba en el canal de cables sobre la mesa. Cinco movimientos cortos, luego una pausa más larga.

«¿Oyes eso?»

Inés esperó. «Canal de cable».

«La cadencia».

«Calor».

«Eso no excluye la cadencia».

«La explica».

Rafael miró el número tachado de la primera noche. 52 478. Entre ellos, había escrito 02:17 y 8421 en la transmisión. El segundo número proviene de la pegatina de inventario en el destinatario. Se había hecho cargo de ella porque era uno de los pocos signos que aún eran legibles.

Inés tiró de la página hacia ella.

«8421», dijo ella.

«Inventar».

«Tal vez».

«Ahora tal vez digas».

«Porque Ana tiene una tarjeta con 02:17 en el inventario de pruebas de Radio Desvelo».

Rafael conocía el sobre. Ana había almacenado cinco hallazgos abiertos por separado durante la documentación del antiguo transmisor: la hora, anuncios de tiempo diferentes, un sonido espacial seco, un tono bajo e información de mantenimiento posterior. Ninguno demostró el funcionamiento de la transmisión después de 2004.

«Radio Desvelo ha emitido en 103,7», dijo. «Aquí no».

«Lo sé».

«El receptor muestra otra cosa».

«No muestra nada fiable en absoluto».

«¿Entonces por qué Ana?»

Inés señaló su lado. Porque dos malas declaraciones juntas no dan una buena. Pero pueden ser una razón para que una tercera persona mire".

Antes de llamar a Ana, compararon las dos grabadoras en condiciones cotidianas. Inés colocó uno en la sala principal y otro en el contenedor viejo. Rafael salió alrededor del edificio, abrió la puerta de un coche, golpeó el mástil y habló cinco grupos de números inventados desde diferentes direcciones. Ambos dispositivos lo grabaron, pero no de la misma manera. En la sala principal, el control automático de nivel se tragó comienzos silenciosos. En el contenedor, el viento hizo que los dígitos individuales funcionaran como pausas.

«Eso puede faltar un grupo», dijo Inés.

«Pero no en la grabadora y en tu memoria al mismo tiempo».

«Si. Si he prestado atención a la grabadora».

«¿Tienes?»

Inés pensó. «Tal vez».

Rafael no escribió la palabra. Le molestaba que la inseguridad para ella sonara como cuidado y para él como error, a pesar de que sabía que ella trataba ambos por igual.

En el viaje de regreso, se detuvieron en el Mercado. Los comerciantes tiraron de cajas sobre hormigón húmedo, el agua corría por las aletas reparadas y una voz matutina con precios salió de una pequeña radio. Rafael se detuvo delante. La voz leía números por kilogramos y cantidades de entrega. No hay grupos de cinco dígitos. No hay un ritmo especial.

Tomaron café en el mostrador exterior. Rafael escribió el importe de la factura en una servilleta sin darse cuenta. Cuando dejó el bolígrafo, Inés vio el número.

«¿Los necesitas?»

«No.»

Dobló la servilleta, la puso debajo de la taza y la dejó allí. En ese momento todavía era una pequeña decisión.

Rafael retiró el bloque. Los cinco grupos azules estaban limpios entre sí. Sobre el primero, el error estaba tachado. No dibujó ninguna conexión entre 02:17 y 8421.

Todavía no.

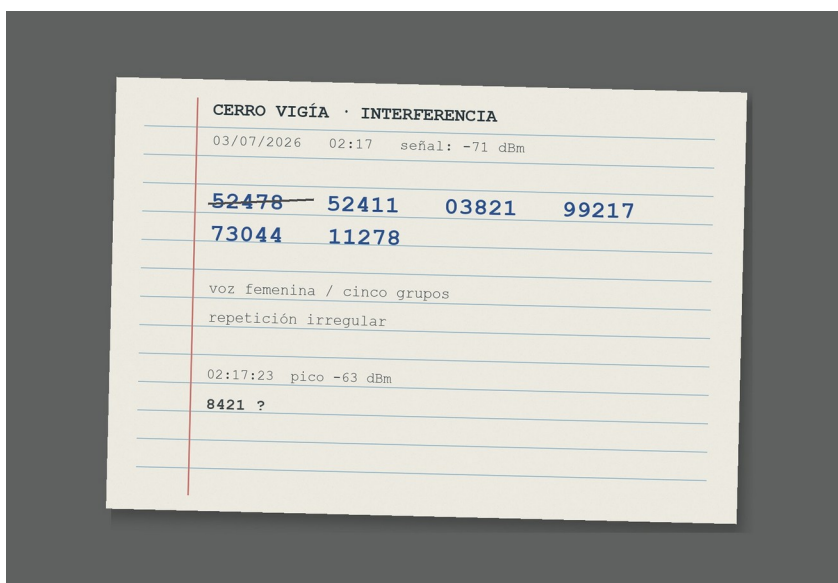


Fig. 2 · La primera copia transferida de Rafael. El error 52478 se corrigió durante la recepción de 52411.

En el viaje de regreso, el ventilador del Toyota solo funcionaba en el nivel dos. En el nivel tres, la solapa de la guantera vibraba. Rafael escuchó cinco golpes, a pesar de que la calle estaba nivelada.

No dijo nada.

CAPÍTULO 3

Expediente de pruebas

.

Ana Belén Vargas escuchó la grabación tres veces antes de abrir un archivo.

La primera vez, solo escribió lo que sin duda estaba en el archivo: voz femenina, español, grupos de cinco dígitos, ruido, interrupción. La segunda vez marcó los momentos. En el tercero, comparó la transcripción de Rafael con la voz. El primer grupo fue claramente 52411. De 52478 no quedó nada en la grabación.

Inés se sentó frente a ella en la mesa de trabajo del Archivo Municipal. Rafael estaba de pie junto a la ventana porque en la tercera silla había dos cosechas atadas de *El Costero* y Ana no afirmó poder guardarlas rápidamente.

El archivo estaba más caliente por la mañana que afuera. Alguien estaba limpiando las rejillas metálicas en un patio. Cada movimiento del cepillo venía a través de la claraboya abierta. Ana sacó del armario el sobre con la inscripción EXPEDIENTE DE PRUEBAS RADIO DESVELO.

«El canal terminó en 2004», dijo.

«Sabemos que lo sabemos», dijo Inés.

«Lo digo porque la proximidad de dos cosas le gusta hacer como si fuera una causa».

Rafael se dio la vuelta desde la ventana. «Eso es lo que dice Inés».

«Entonces ella tiene razón».

«Eso es lo que ella dice».

Inés no sonrió. Ana lo vio de todos modos.

La ficha estaba entre dos hojas sin ácido. En la parte delantera había información sobre un programa nocturno. En el reverso, en otra letra: *02:17 / Paso Norte*. Ana no había podido asignar con seguridad la entrada a ningún evento durante el documental de radio. Paso Norte podría ser una ruta, un camino técnico o simplemente un recordatorio de un programa.

Puso al lado el informe sobre el zumbido profundo. Un fragmento tenía aproximadamente 60 hercios, otro menos de 40. Diferentes dispositivos, diferentes años, sin cadena asegurada.

«No es lo mismo», dijo ella.

«Idisible», dijo Rafael.

«Se permite lo similar».

Ana sacó la copia de la hoja del programa, en la que una vez apareció EMISIÓN ACTIVA. Una segunda copia no había reproducido la línea. Rafael miró las tres versiones en papel.

«Copiador», dijo Inés.

«Probablemente», dijo Ana. «Pero qué error exactamente, no se podía repetir».

«Y por eso está aquí».

Por eso está separado aquí. No como prueba, sino como un hallazgo abierto».

Rafael asintió. Trató las hojas con cuidado. Su impaciencia no estaba dirigida contra el material, solo contra el tiempo que necesitaba.

Ana volvió a mirar su transcripción. No los números, sino la disposición les recordó algo: los amplios espacios, el título de arriba, dos filas de colores. Abrió el catálogo de imágenes del salón comunitario y buscó la exposición *Lo que permanece*. El Colectivo La Línea Perdida no había entregado una lista completa de obras. Había doce fotos, tres textos cortos y una factura de uñas.

En la séptima foto, una hoja colgaba de una pared manchada.

Ana lo agrandó. Los números se difuminó. Arriba estaba algo como Tx 8421.

«Espera», dijo ella.

En el fondo cultural había una caja plana con material del colectivo. No se depositó donde el catálogo lo nombró, sino en los carteles de exposición no recogidos. Ana encontró dos restos de madera, una bolsa de plástico con clavos oxidados, un cartel doblado y la hoja de cálculo entre cartón corrugado.

Lo puso sobre la mesa libre.

Arriba estaba escrito en azul: *Tx 8421 - Señal débil, intermitente*. Debajo: *Frecuencia: 1.718.309.225 Hz. Fecha 03/07, hora 02:17 a.m.*

Los grupos azules se repitieron sobre la hoja: 52 411, 03 821, 99 217, 73 044, 11 278. En la mitad inferior estaban en rojo 33 107, 77 092, 44 158, 00 933, 55 120.

Rafael se inclinó sobre la mesa. Ana levantó la mano antes de acercarse.

«No tocar».

«No toco nada».

Inés se levantó. Su mirada se rigió primero a la especificación de frecuencia.

«Eso es aproximadamente 1,718 gigahercios», dijo. «No es una historia clásica de ondas cortas».

«¿Puede el antiguo destinatario hacer eso?» Preguntó Ana.

«No. En cualquier caso, no como recepción normal. El número puede ser un valor del dispositivo, mal etiquetado o incluso una secuencia. No voy a fingir que es una frecuencia utilizable».

Rafael señaló el centro de la hoja. Entre dos filas azules estaba 52478.

Ana puso su copia al lado.

El mismo error. No solo los mismos números, sino la misma mezcla del principio y el final de la serie principal.

«¿Cómo conoces la hoja?», preguntó.

Rafael no respondió de inmediato. Miró a Ana, luego a Inés. «No en absoluto».

«¿Estuiste en la exposición?»

«No.»

«¿En el sitio web?»

Tal vez del lado del colectivo. No esta imagen. Recordaría los números”.

«¿Por qué?»

«Porque estoy describiendo números».

Inés dijo: «Eso es lo que hace».

Ella habló de series de mediciones que Rafael transfirió, a pesar de que el ordenador ya las guardó. No en secreto y no solo desde la señal. Le ayudó a ver irregularidades. O poner orden si la medición no tenía ninguna.

Ana fotografió ambas hojas con escala y carta de colores. Luego cubrió el original.

Por la tarde, comprobó el camino de la hoja. El cartón había sido tomado del salón comunitario en 2017, junto con material de tres asociaciones y un grupo de teatro. La lista de entrega se llamaba «trabajos de papel, Línea Perdida» sin número. Ana comparó grapas, bordes de polvo y el cartón corrugado con fotos antiguas de la exposición. La hoja de cálculo había estado en esta caja al menos desde la adquisición; no se podía decir más.

Teresa Valdivia le trajo los libros de acceso. Rafael no estaba registrado en el salón comunitario en 2017. Su nombre no apareció hasta años después durante los trabajos técnicos en el edificio. A Inés le mostraron sus horarios de entonces. El ejercicio fue desagradable, pero necesario: antes de que un error idéntico se convirtiera en un misterio, había que excluir los caminos habituales.

«Compruebas mi coartada para una hoja de papel», dijo Rafael.

«Estoy revisando las opciones de contacto», dijo Ana.

«¿Y?»

«Ninguno ocupado».

«Eso suena menos bien que no tener contacto».

«Pero es más correcto».

Ana no examinó los manuscritos como una experta. Recopiló material comparativo: las inscripciones de Mateo de cajas de exhibición, las notas de Lucía en portadas de fotos, las listas de materiales de Tomás. El título azul se parecía a Mateo, los grupos rojos Lucía. Sin embargo, los dígitos individuales cambiaron dentro del mismo color. Al menos dos personas lo habían escrito. El

error 52478 estaba en escritura azul entre las filas correctas, no como corrección posterior.

Inés puso una escala transparente sobre los números. «Las distancias no se repiten».

«A mano», dijo Rafael.

«O alguien escribió mientras escuchaba».

«Como yo».

Ana miró a ambos lados. El error antiguo y el número tachado de Rafael no tenían la misma forma. Solo su consecuencia fue idéntica. Eso fue suficiente para seguir preguntando. No para anticipar una respuesta.

«El colectivo se fundó en 2014», dijo. La hoja puede ser más antigua o más tarde hecha de material viejo. Necesitamos origen, foto y manuscritos».

«Y 8421», dijo Rafael.

«Sí».

«Y la frecuencia».

Inés lo miró. «El número».

«La indicación de frecuencia».

«Así podemos llamarlos».

Ana escribió tres preguntas de trabajo separadas. Ninguna línea los unió.

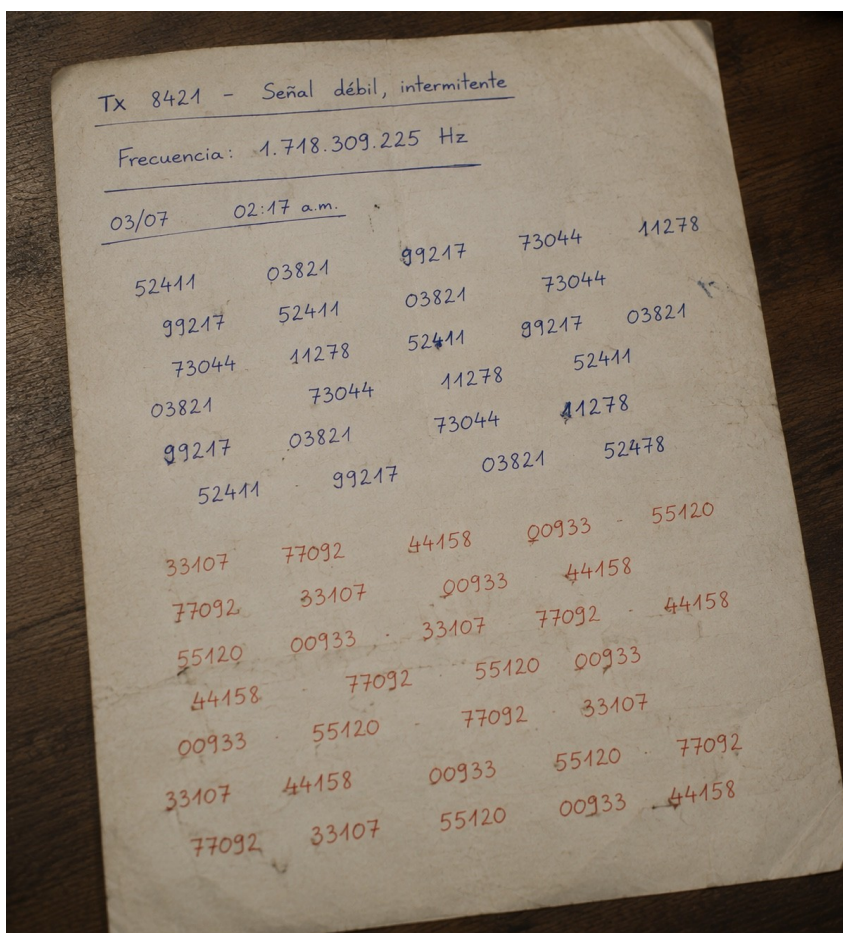


Fig. 3 · «Tx 8421 - Señal débil, intermitente». Hoja de cálculo de la colección del Colectivo La Línea Perdida.

Más tarde, cuando Inés volvió a reproducir la grabación, la primera repetición solo contenía cuatro grupos. Ana estaba segura de haber anotado cinco la primera vez que lo escuché. Ella comparó sus marcas de tiempo. Entre las 00:31 y las 00:37 había ruido.

«¿Copia?» Preguntó Rafael.

Inés comprobó la suma de control. «Idéntico».

«Entonces hemos contado mal».

Ana miró su nota. Detrás del quinto grupo había un signo de interrogación que no recordaba haber puesto.

«Entonces escribimos exactamente eso», dijo ella. «Contamos de manera diferente».

Rafael tomó su bloque. No escribió.

CAPÍTULO 4

Señal débil, intermitente

.

Mateo Salazar dijo por teléfono que la hoja probablemente era suya. Cuando lo vio, dijo que la letra azul podía ser suya.

Lo conocieron en una antigua carpintería detrás del Centro. El Colectivo no utilizó la sala de forma permanente; dos pantallas se apoyaron en la pared, a pesar de que Mateo afirmó que nadie trabajaba allí. El mes anterior todavía estaba en un calendario.

«Necesitamos un calendario», dijo Mateo, volteando la hoja. «Lo he estado diciendo durante doce años».

Ana le presentó la fotografía de la hoja de cálculo. El original permaneció en el archivo.

«El título puede ser mío», dijo. «Los números no son todos».

«¿Cómo llegaron a la hoja?»

Mateo frotó la pintura de su pulgar, que hacía tiempo que estaba seca. «Tomás trajo un receptor. Lucía tenía una banda. O viceversa».

«¿Qué había en eso?» Preguntó Inés.

«Una voz. Números. Escribimos con».

«¿De una cinta o de un receptor?»

«¿No es lo mismo?»

«No.»

Mateo miró a Ana. «Por eso prefiero hablar con archiveras».

«Ella hará la misma pregunta», dijo Rafael.

Ana los puso.

Mateo pudo determinar el lugar: una habitación vacía detrás de un taller, uno de los primeros puntos de encuentro del colectivo. El año siguió siendo incierto, probablemente 2014 o 2015. Habían trabajado con fotografías y sonidos antiguos. Tomás colocó un receptor cuya escala no estaba iluminada. Alguien hizo funcionar un casete. Los números llegaron en grupos.

«El quinto grupo llegó más tarde», dijo Mateo.

«¿Más tarde que qué?»

«Como los demás».

«¿Cuánto más tarde?»

Mateo sonrió cansado. «Si lo hubiera sabido, habría tenido un calendario».

Lucía Arce los recibió esa misma tarde en una sala sobre una ferretería cerrada. Las fotografías antiguas estaban en sobres etiquetados. Las inscripciones eran más precisas que las del colectivo e imprecisas que el archivo de Ana.

Lucía reconoció la escritura roja de inmediato.

«Mía», dijo ella. «El azul es Mateo».

«No está seguro».

«Mateo rara vez está seguro cuando una incertidumbre suena más interesante».

Recordó un casete sin etiqueta. Una voz femenina había hablado con los grupos rojos. Los azules ya estaban en la hoja.

«¿Quién escribió la frecuencia?» Preguntó Inés.

Lucía se quitó las gafas y acercó la fotografía. «Tomás. Probablemente. Le gustaban los números que parecían explicaciones».

«1.718.309.225 Hertz no parece una buena explicación».

«Entonces le conviene».

Lucía también dijo que el quinto grupo llegó más tarde. Cuando se le preguntó, no describió un descanso en la grabación, sino una segunda noche. La hoja ya estaba colgada en la pared. Cuando regresó, el último grupo rojo también estaba en él.

«55 120», dijo Rafael.

Lucía lo miró. «Si usted lo dice».

Encontró una hoja de contacto con seis fotos de la exposición. La imagen en el catálogo municipal estaba recortada. En el negativo sin cortar había un mapa de la costa parcialmente enrollado en el borde derecho. Alrededor de San Desvelo había cinco puntos y el identificador SD-5. Más al norte, casi fuera de la imagen, se podía ver PE-2.

Ana pidió el negativo. Lucía no lo dio de inmediato. Puso guantes de algodón sobre la mesa y abrió una caja plana con rayas separadas por año y proyecto. La hoja de contacto no tenía fecha. En la imagen del vecino, Mateo estaba frente a la pared, medio fuera del escote. Detrás de él colgaba un cartel para un evento en el salón comunitario. Ana conocía el diseño y más tarde encontró la fecha: julio de 2015.

«Entonces la hoja es al menos de 2015», dijo Rafael.

«La foto», dijo Ana. «La hoja puede ser más vieja».

Lucía escaneó el negativo con alta resolución. En el mapa se hicieron visibles más detalles: la línea costera, pequeños grupos de puntos y una leyenda cuya mitad derecha estaba enrollada. SD-5 no estaba en el nombre de San

Desvelo, sino junto a un grupo geométrico. PE-2 estaba fuera del área de la ciudad conocida.

«Tal vez sea una carta artística», dijo Inés.

Lucía negó con la cabeza. «No lo hicimos nosotros».

«¿Cómo lo sabes?»

«Porque es fea».

Ana esperó.

Lucía añadió: «Nuestras líneas eran de carbón. Estos son tinta técnica. Y el papel olía a depósito».

«¿A qué huele el depósito?» Preguntó Rafael.

«Polvo, aceite, cartón húmedo».

«Así es como huelen muchos campamentos».

«Entonces olía a muchos campamentos».

En la última imagen de la tira, la hoja numérica ya no estaba en la pared. El mapa todavía estaba colgado. En el centro de la superficie de polvo más clara corría una línea recta hasta el suelo. Ana la agrandó. Podría ser una sombra de cable, una cuerda o un rastro en el yeso.

«La línea perdida», dijo Lucía.

«¿La llamaste así en ese momento?»

«Ahora».

Ana también anotó eso. Un nombre posterior no debía convertirse en un recuerdo anterior desapercibido.

«¿De dónde vino la tarjeta?» Preguntó Ana.

«De una caja con viejos planos».

«¿Qué caja?»

«La caja de Tomás».

Mientras tanto, Tomás Yupanqui trabajaba en una granja en El Faro. Las piezas de metal estaban ordenadas por tamaño, aunque él negó haberlas ordenado. Una ráfaga de viento movió láminas delgadas en una cuerda. No se golpeaban regularmente.

Tomás miró la foto de la exposición.

«El receptor no estaba conectado», dijo.

Más tarde les mostró el lugar de la acción en ese momento. El antiguo taller ahora estaba dividido. En la mitad delantera, un tapicero almacenó rollos de espuma, en la parte trasera quedó un espacio estrecho con una pared manchada. Dos agujeros de tacos coincidían con la foto de la exposición. El mismo tubo fluorescente todavía colgaba del techo, ahora sin cubierta.

Tomás colocó una vieja silla de madera en el lugar en el que el destinatario debería haber estado. «Aquí. Tal vez».

Inés midió la distancia a la toma de corriente. El cable de un dispositivo habría sido suficiente. Tomás repitió que no había estado conectado.

«¿Por qué pones un receptor que no conectas?» Preguntó Rafael.

«Porque hemos hecho un trabajo sobre la recepción».

«¿De qué?»

«De cosas que ya estaban en la habitación».

«Esa no es una respuesta técnica».

«No soy un técnico».

Debajo de una capa de pintura posterior, Ana encontró una pequeña línea roja. Podía provenir de la hoja de cálculo o de cualquier otro trabajo. Lucía recordó que la hoja había estado allí durante semanas. Mateo recordó tres días. Tomás dijo que el tiempo es una mala medida en las exposiciones porque nadie cumple con el horario de apertura.

Inés fue a la toma de corriente y la revisó. Había sido reequipada. Detrás de la cubierta había venas viejas, muertas y cortadas. Uno de ellos conducía hacia la pared exterior.

Rafael sostuvo el micrófono de contacto. Ruido de la calle, una sierra de la tapicería, el balanceo profundo de un autobús. No hay voz.

«No hay medición», dijo Tomás.

Inés se volvió hacia él. «¿Cómo conoce la expresión?»

«De ellos. Justo en el patio».

Ella no se lo había dicho. Ana estaba segura de eso. Rafael miró hacia la línea.

Tomás no sonrió. «Entonces de otra persona».

Ana anotó la declaración con la hora y los presentes. Al salir, fotografió la pared vacía. Sin una hoja de cálculo, parecía más pequeña. La tarjeta antigua ya no colgaba en el borde más alejado. Tomás no sabía a dónde había llegado.

Inés aún no había hecho ninguna pregunta.

«Mateo dice que trajiste un receptor».

«Sí».

«Lucía recuerda a un casete».

«También es posible».

«¿De dónde salieron los números?»

Tomás señaló la foto. «Aparablemente en el papel».

Rafael dio un paso más cerca. «¿La has oído?»

«Cuatro grupos».

«Los demás dicen cinco».

«El quinto llegó más tarde».

Inés puso las manos sobre la mesa. «Los tres usan la misma frase».

«Tal vez porque tiene razón».

«O porque lo conocen el uno al otro».

Tomás asintió. «Eso también sería una conexión».

Rafael pidió la tarjeta. Tomás los recordó desde el Depósito Norte o desde un desalojo municipal. Había encontrado interesantes las líneas cuyo objetivo estaba cortado. Los identificadores no significaron nada para él.

«¿Y 8421?»

De pie en un dispositivo. O una caja".

«¿Cuál es el dispositivo?»

Tomás miró al patio. «El receptor no estaba conectado».

«Eso no responde a la pregunta».

«Es la respuesta que tengo».

En el viaje de regreso, Rafael se quedó en silencio. Inés condujo. Ana sostuvo la funda con la foto sin cortar sobre sus rodillas. La Garúa había comenzado a última hora de la tarde y se colocó como humedad fina en el parabrisas. El limpiaparabrisas los esparció más de lo que los retiró.



Fig. 4 · Fotografía sin recortar de la antigua sala de exposición. En el borde derecho se ve un mapa costero con SD-5 y un identificador PE-2 poco legible.

«Hacen de la incertidumbre un material», dijo Inés.

Ana miró por la ventana. «Ese es su trabajo».

«El nuestro no».

«No.»

Rafael dijo: «El quinto grupo llegó más tarde».

Inés lo miró en el espejo retrovisor. «No lo repetas solo porque lo hacen».

«La escuché más tarde que tú».

«La escuchaste cuando la grabación no la tenía».

«Eso es todo».

«Eso no es prueba de su frase».

«Aún no es una prueba en contra».

Ana dejó la foto plana. En el mapa, los puntos no formaban una línea recta. Cuatro estaban en lugares esperados: costa, centro, norte, cerro. El quinto estaba en Las Palmeras, entre casas posteriores.

Ella aún no lo ha dicho. Un mapa en el borde de una foto artística no era una ubicación.

Por la noche, Rafael no esperó en la estación meteorológica. Estaba acostado en casa y escuchó un vehículo maniobrar en la calle. La señal de advertencia de marcha atrás constaba de cinco tonos. En la tercera ronda faltaba la última.

Rafael siguió contando hasta que llegó.

CAPÍTULO 5

El quinto punto

.

8421 apareció primero en un inventario sin objeto.

Ana encontró el número en una lista del antiguo programa de alerta costera. El sitio formaba parte de un paquete de medidores de lluvia, baterías y sirenas. Entre UNIDAD 8419 y UNIDAD 8423 se había pintado una línea con un bolígrafo negro. Bajo una luz inclinada, la impresión de la escritura: *ENLACE N-5 / UNIDAD 8421* permaneció visible.

La nota al lado decía *trasladado - Las Palmeras*.

El camino a esta línea había durado tres días. Ana comenzó con los números de inventario del programa de alerta y terminó en un armario con documentos sobre tarifas telefónicas municipales. Los términos cambiaron con cada administración: *enlace, puesto, repetidor, alarma*. Algunas hojas designan el mismo objeto por función, otras por ubicación. N-5 podría significar Norte Cinco o Nodo Cinco. Solo una línea de distribución conectaba los términos: *N-5 / unidad 8421 / apoyo costero*.

El segundo día, Ana fue al Depósito Norte. El edificio estaba detrás de Las Palmeras, en una antigua ruta de servicio. En el interior había estantes vacíos y las áreas marcadas del último inventario. Ella comparó los números de las paredes con las fotografías de los años noventa. En una imagen, además de la tecnología de radio subcontratada, había una caja de conexión gris. La inscripción estaba cortada. Solo quedó *...421*.

Una segunda grabación mostraba la misma esquina vacía. En la parte posterior estaba *traslado LP*. LP podría ser Las Palmeras. También podría significar *línea principal*. Ana puso ambas opciones en su nota sin borrar una.

Teresa finalmente encontró una hoja doblada entre las facturas de mantenimiento. En él, cinco unidades se dibujaron como puntos, no como una red. Dos líneas terminaron antes del borde del papel. Uno conducía al Cerro Vigía, otro hacia El Faro. El quinto punto no tenía designación.

«Este es el mapa de la foto de la exposición», dijo Rafael.

«Una tarjeta de la misma disposición», dijo Ana.

«¿Cuántos se necesitan para que los llames de inmediato?»

«Uno con el mismo pliegue, la misma inscripción y el mismo material».

Compararon. El gran giro pasó por la costa en ambos. Un pequeño daño en SD-5 coincidía. La tarjeta había salido del archivo en algún momento y había regresado a través del colectivo. Quién los había publicado permaneció abierto.

La fecha se perdió en el margen. La entrada anterior fue de 1998, la siguiente de 2001. Ana no escribió «1998» en su tarjeta. Escribió «entre entradas documentadas 1998/2001» y siguió buscando.

En el inventario del Depósito Norte había varias unidades con números de cuatro dígitos. Piezas de la bomba, baterías, un dispositivo de cinta, dos cajas de conexiones. Ningún sistema se mantuvo igual durante todos los años. Una lista llevaba 8421 como *unidad de enlace*, una segunda como *material comunicación*, una tercera solo como *N-5*. En una hoja de entrega decía *sin equipo emisor*.

«No hay emisora», dijo Inés cuando Ana le mostró las copias.

«O ningún transmisor en el inventario transferido».

«Esto no es lo mismo».

«Por eso digo ambas cosas».

Rafael se sentó en el otro extremo de la mesa del archivo y colocó papel vegetal sobre un mapa de la ciudad. No había trabajado durante la noche, a pesar de haber estado despierto a las 2:17. Inés notó los bordes oscuros debajo de sus ojos y no los comentó. Todavía no.

El plan anterior mostraba cinco puntos técnicos. Cuatro llevaban nombres: estación meteorológica, distribuidor municipal, conexión de radio, norte. El quinto era solo un pequeño cuadrado al norte de Centro. En el plan catastral más reciente había una parcela en Las Palmeras. El edificio residencial se había ampliado gradualmente. Detrás del edificio actual quedó un rectángulo, que no apareció en ninguna especificación de espacio habitable.

Ana movió el papel transparente tres milímetros.

«Haces que el punto encaje», dijo Inés.

«Estoy alineando la línea costera».

«La copia antigua está deformada».

«Por eso necesito tres puntos de referencia». Ana puso pequeñas cruces en la municipalidad, la antigua cantera y la propiedad de la radio. «Si están de acuerdo, el quinto está aquí».

Rafael se inclinó sobre los planes. «Celia Ríos».

«¿La conoces?»

Su hijo solía hacer electricidad de vehículos. He estado allí dos veces".

«¿Hay una sala de hormigón?»

«En Las Palmeras hay muchas habitaciones de hormigón».

«Tres por cuatro metros, más viejo que la casa, sin espacio habitable».

Rafael pensó. «Puerta azul en el patio».

Celia les abrió por la tarde. Llevaba un delantal, aunque no cocinaba, y miró la tarjeta de servicio de Ana durante más tiempo que el medidor de Rafael.

«Esta no es una asignación oficial», dijo Ana. «Le pedimos permiso para ver una habitación antigua».

«Entonces la tarjeta de identificación es decoración».

«Hoy sí».

Celia lo devolvió. «Bien. Las asignaciones oficiales duran más».

El patio estaba detrás de un estrecho paso. La ropa colgaba entre el lavadero y una pared sin enlucir. La caseta era más pequeña de lo que el plan le permitía. La puerta de metal llevaba varias capas de azul y gris. Sobre la abertura de ventilación había aisladores de cerámica, ninguno de los cuales ya tenía un cable.



Fig. 5 · La caseta más antigua en la propiedad de Celia Ríos en Las Palmeras. El edificio residencial se amplió más tarde con la sala de hormigón.

«¿Para qué era?», preguntó Ana.

«Cuando llegamos, el propietario anterior dijo “teléfono”. Otro dijo “alarma”. Un hombre de la municipalidad lo llamó Norte Cinco. Para mí es una despensa».

La cadena colgaba suelta. La cerradura era lo suficientemente nueva como para no encajar en la habitación. Celia lo abrió, pero no la puerta.

«Algunas noches cuenta en la pared», dijo.

Rafael la miró. «¿Desde cuándo?»

«Desde hace algunas noches».

«¿A qué hora?»

Celia abrió la puerta. «Si hubiera mirado el reloj, te lo habría dicho».

En el interior olía a polvo, pintura seca y el aceite de los viejos ventiladores. Cinco vías de cable cortadas corrían hacia una pared de conexión. No se leera nada bajo el color. Rafael encendió su dispositivo. Inés se puso a su lado, no detrás de él.

«Solo medición pasiva», dijo.

«Lo sé».

«Lo digo por el protocolo».

La habitación no tenía alimentación activa. Las líneas de la distribución de la casa estaban separadas de la Caseta. Rafael comprobó el nivel de intensidad del campo, Inés tomó un espectro, Ana fotografió la puerta, la ventilación y los tubos de cable. Los valores no diferían del patio y la calle.

«No hay medición», dijo Inés.

Celia asintió, como si esa fuera una respuesta satisfactoria. «Entonces puedo volver a poner las sillas delante».

Por la noche, Rafael e Inés pasaron por Las Palmeras con dos receptores. No porque Caseta hubiera entregado una señal, sino porque Rafael había sugerido un cambio de dirección e Inés había hecho una comparación controlada. Eligieron tres configuraciones fijas, registraron cada parada y dejaron que Ana determinara la ruta para que Rafael no condujera inconscientemente al lugar esperado.

En el primer punto, cerca del acceso norte, solo había ruido de banda ancha. En el segundo apareció una erupción estrecha, demasiado débil para el audio. En el tercero, a dos calles de la casa de Celia, escucharon el sonido bajo.

Rafael quitó las manos del aparato. «Da.»

Inés miró el espectro. «Hay algo».

«En dirección a Caseta».

«Rección suroeste».

Condujeron hacia atrás por una calle paralela. La erupción se cayó. Volvió a subir por la calle frente a la propiedad de Celia. La pantalla se mantuvo baja, pero reproducible. Inés hizo que Rafael apagara el motor y repitió la medición con batería. El sonido se mantuvo.

Repitieron la ruta en la dirección opuesta. Ana se sentó en la parte de atrás y no dijo los puntos hasta que se alcanzaron. En una casa con una soldadora en funcionamiento, todo el espectro aumentó. Inés marcó el valor como una perturbación local y omitió el punto. Frente a una bodega, un refrigerador producía un tono estrecho, pero a una frecuencia diferente. En la Caseta, la misma erupción baja apareció tres veces en media hora.

Un residente salió a la calle y preguntó si buscaban ladrones de electricidad. Inés explicó la medición como una prueba de antiguos canales de comunicación. El hombre señaló los haces de cables en el mástil de hormigón.

«Encontrará suficientes caminos antiguos».

«¿Oyes una voz por la noche?» Preguntó Rafael.

Inés lo miró. La pregunta no formara parte del plan.

El hombre pensó. «La vecina escucha telenovelas».

«¿Números?»

«Facturas. Cuando se queja de la corriente».

Regresó a su casa. Ana no anotó ninguna declaración sobre la señal. Rafael se disculpó con Inés antes de que ella dijera algo.

«No hay interrogatorio durante una ruta a ciegas», dijo.

«Lo sé».

«Ahora».

Finalmente, colocaron al receptor en la acera, marcaron su orientación con tiza y retrocedieron tres metros. El nivel no cambió cuando pasó un mototaxi. No cayó hasta que Inés sacó el cable del viejo zócalo de la antena, y volvió a subir cuando ella solo lo sujetó al manguito metálico exterior.

«Acoplamiento sobre pantalla o masa», dijo.

«De una línea pasiva».

«De algún líder en la zona».

Fue el primer pequeño puente técnico entre el destinatario y el lugar. No explicó la voz ni los grupos. Pero hizo de la dirección de Rafael más que un deseo.

Rafael no sonrió. Eso la preocupó más que un triunfo.

«Ahora por fin me crees», dijo.

«Por eso tenemos que parar».

«¿Qué?»

«Por hoy». Inés guardó la medición y tiró del cable. Tenemos una dirección. Si ahora sigues conduciendo hasta que un número parezca lo suficientemente grande, ya no medirás. Estás buscando consentimiento».

Rafael miró hacia la puerta azul del patio. No era visible desde la calle. Solo la abertura de ventilación superior estaba detrás de una pared.

«Un pasaje más».

Mañana. Con un plan fijo».

De camino a casa, el destinatario se quedó en silencio. Sin embargo, Rafael escuchó la voz en las juntas de la calle: cinco golpes cortos de los neumáticos, una pausa, cinco. Sabía que las calles generaban repeticiones. También sabía que el anuncio había subido frente a la casa de Celia.

Por primera vez, el conocimiento no lo tranquilizó.

CAPÍTULO 6

Caseta 8421

.

La inspección diaria comenzó con una lista de cosas que no estaban disponibles.

No hay conexión eléctrica. Sin altavoz. No hay transmisor. Sin batería. No hay sala técnica protegida. No hay nueva línea. No hay rastro de que alguien haya usado la Caseta como algo más que un almacén en las últimas semanas.

Celia trajo una lata con llaves viejas. Ninguno pertenecía a la puerta de metal; la cerradura había sido reemplazada después de un robo en la casa vecina. Entre las llaves había dos placas de cerámica y un colgante doblado con el número 5.

«¿De la habitación?», preguntó Ana.

«Fuera de la casa».

«¿Desde cuándo?»

«Desde que una llave ya no encajaba».

Ana no fotografió la lata. Sin una ruta de hallazgo, era la vida familiar cotidiana, no un medio de prueba.

Celia recordó a los hombres que revisaban la abertura de la ventilación dos veces al año a finales de los noventa. Uno llevaba una chaqueta del servicio meteorológico, otro vino con un vehículo telefónico. Nunca habían trabajado mucho. Después de 2004, solo vino alguien una vez más, tachó un número de una lista y dijo que la habitación podía permanecer cerrada.

«¿Qué número?» Preguntó Rafael.

«Si la hubiera conocido, te la habría dicho ayer».

«¿Alguien mencionó Radio Desvelo?» Preguntó Ana.

«No. Radio Desvelo fue Radio Desvelo. Esta era la Caseta».

La separación fue tan obvia que Ana anotó la frase literalmente. Ningún enigma posterior pudo convertir la memoria de Celia en una estación de transmisión secreta.

En un nicho de pared, Rafael encontró una bridadera con un trozo de papel azul. Solo decía *Línea 5*. El papel podría ser años más joven que la línea. De todos modos, Inés lo puso en una funda y etiquetó el lugar de hallazgo.

«Ahora tenemos una quinta línea», dijo Rafael.

«Tenemos una etiqueta», dijo Inés.

«En la quinta línea».

«En una brida cerca».

Celia miró de un lado a otro entre ellos. «Ambos necesitan más tiempo para decir lo mismo».

Inés leyó la lista en voz alta. Rafael revisó cada punto por segunda vez. Ana fotografió la disposición de los objetos antes de que Celia sacara dos sillas plegables.

«Los necesitamos el domingo», dijo. «Si el dispositivo los necesita, puede contar otro día».

Rafael se arrastró detrás de los ventiladores apilados. Debajo de la regleta de conexiones había pintura en varias capas. No aflocó ningún tornillo. Con un cepillo suave, solo tomó el polvo de un lugar en el que se perfilaba un borde.

Cuatro dígitos salieron bajo el azul pálido.

8421.

Ana fotografió primero, luego sostuvo una escala al lado. Inés anotó la hora y el paso de trabajo.

«Cincuenta vías de conducción», dijo Rafael.

La regleta de conexiones consistía en piezas cerámicas, contactos corroídos y cables viejos que desaparecieron en el techo o en la mampostería. Cuatro caminos terminaron visiblemente cortados. El quinto corrió hacia una tubería cerca del suelo. No se pudo determinar a dónde conducía la tubería sin abrir la pared.

«Esta puede ser la antigua conexión de la casa», dijo Inés.

«O la línea en el plan».

«O ambos, si la conexión se ha reutilizado más tarde».

Ana encontró una pegatina casi pintada en el interior de la puerta. Solo *puesto de alar-* permaneció legible. Celia recordó una pequeña sirena en un mástil que había sido retirada mucho antes de la construcción del lavadero.

«¿Funcionó?» Preguntó Ana.

«Si alguien supiera cuándo debería funcionar».

Hacia el mediodía, la habitación se calentó. La Garúa estaba abierta, y una brillante franja de sol yacía en el suelo. Celia trajo Chicha Morada en cuatro vasos diferentes. Rafael bebió en el patio sin dejar de ver la puerta azul.

«¿Cuándo dormiste?», preguntó Inés.

«Hoy».

«¿Cuánto tiempo?»

«Sustite».

«Eso no es una indicación de tiempo».

«Ahora entiendes por qué prefiero tener números».

Se sentó en el muro bajo. «¿Tres horas?»

Rafael no respondió.

A primera hora de la tarde, colocó un micrófono de contacto en el tubo de metal del quinto camino. Primero escuchó fricciones desde la casa de al lado, luego un ventilador, luego algo que se dividió en cinco secciones. Le dio los auriculares a Inés.

«Ruido de tubería», dijo ella.

«¿Has oído la cadencia?»

«Escé un nivel cambiante».

Más tarde, un profundo raspado quedó en la grabación. No hay voz.

El mismo día, Inés informó del hallazgo a la oficina municipal competente y solicitó una clasificación técnica. A las 16:40, un todoterreno blanco se detuvo frente a la casa de Celia. No tenía logotipo, solo un pequeño número de inventario en el parabrisas.

El hombre se presentó como el Ingeniero Adrián Valverde. Tenía unos cincuenta años, vestía una camisa clara y zapatos en los que el polvo de Las Palmeras se hizo visible de inmediato. Mostró una identificación de una autoridad de comunicaciones. Ana leyó el nombre, el número y un nombre de departamento que no conocía.

La identificación no fue improvisada. El holograma, el sello en relieve y los bordes laminados parecían reales, solo la foto era más antigua que el hombre que tenía delante. Ana pidió anotar el número. Valverde mantuvo el mapa quieto, sin el gesto habitual de una persona que esperaba que nadie mirara con atención.

Su vehículo no tenía ningún equipo llamativo. A través del portón trasero abierto, Rafael vio dos cajas de transporte vacías, cables de medición, chalecos reflectantes y un plano plegado. En una caja, las etiquetas remotas estaban pegadas una encima de la otra. El residuo de pegamento superior formaba un rectángulo del tamaño de la pegatina en el antiguo receptor.

«¿Quién le informó?», preguntó Ana.

«El mensaje técnico ha sido reenviado».

«¿De San Desvelo a qué lugar?»

«A la responsable».

«¿Cuál es este?»

Valverde nombró una Dirección Regional y un área para instalaciones antiguas. Inés escribió el nombre. Rafael observó que Valverde no miraba a Caseta mientras hablaba. Al parecer, ya conocía su posición.

«¿Cuánto tiempo vas a conducir desde allí?» Preguntó Rafael.

«Depende del punto de partida».

«¿Y hoy?»

«Hoy estuve más cerca».

No fue una respuesta esquivada, solo una que no reveló nada. Valverde no adoptó una postura dramática. Limpió el polvo del bloc de notas y le pidió permiso a Celia para entrar al patio. Esta cortesía no hizo que su conocimiento del número fuera menor.

«Abrieron Caseta 8421», dijo Valverde.

Nadie le había dado el número.

Inés se colocó de tal manera que la puerta estaba detrás de ella. «Hemos inspeccionado un antiguo almacén en una propiedad privada».

Valverde sonrió cortésmente. «Por supuesto. Las designaciones a veces permanecen más largas que la función».

«¿Qué función?» Preguntó Ana.

Superposición atmosférica en antiguas vías de alarma y comunicación. Cerca de la costa, humedad, conductor pasivo. Existe un procedimiento de prueba para estos componentes antiguos".

«¿Puede esto crear una voz clara?» Preguntó Rafael.

Valverde lo miró. «Puedes escuchar cosas muy claras en superposiciones si el dispositivo de audio las amplifica lo suficiente».

«Esa no era la pregunta».

«Era la respuesta de la que puedo responder».

Ana se dio cuenta de que usaba la misma estructura de oraciones que un empleado administrativo experimentado. No amenazó. No exigió ningún soporte de datos. Pidió acceso, revisó la habitación sin tocar nada y fotografió la regleta con un pequeño teléfono de servicio.

«Norte Cinco», dijo Celia desde la corte. «Así se decía».

Valverde no parecía sorprendido. «Una de las varias denominaciones históricas».

«¿Qué otro?» Preguntó Ana.

«Punto de enlace. Repetidor auxiliar. Puesto de alarma.»

«¿Y SD-5?»

Por primera vez, hubo una pausa que no encajaba del todo con su procedimiento cortés.

«Un posible identificador de inventario regional», dijo.

Anunció un examen formal para la mañana siguiente. En un formulario, confirmó que no se eliminaría nada hasta entonces. Ana fotografió la hoja antes de ponerla en una carpeta.

«Dejan una copia aquí», dijo Inés.

«Por supuesto».

Valverde llenó una segunda página. Su letra era pequeña y regular. Bajo el departamento estaba *Zona Costera IV*.

Antes de irse, le dio a Rafael una tarjeta de visita sin nombre personal. Solo había la oficina central regional y una extensión. Rafael llamó todavía en el

patio. Una voz automática llamó al horario comercial y pidió que se ingresara una sucursal de cuatro dígitos.

«¿La suya?», preguntó.

Valverde llamó al 8421.

Rafael lo miró. Valverde contuvo la mirada, luego se corrigió: «Lo siento. 8214.»

Rafael ingresó los números. La conexión terminó después de dos marcas gratuitas.

«Sistema antiguo», dijo Valverde.

«¿Tornador de números?»

«Ven a sucede».

No retiró la tarjeta. Más tarde, 8214 condujo a un apartado de correos general. Según la oficina central, la sucursal 8421 no estaba ocupada.

Cuando se fue, el polvo de su coche se detuvo sobre la carretera.

«Superposición atmosférica», dijo Rafael.

«Eso es posible», dijo Inés.

«En una barra sin electricidad».

«La conexión no necesariamente necesita suministro de energía local».

¿Y la continuación? ¿Error? ¿Grupos diferentes?"

«No.»

Ana puso la copia del formulario de entrega en una funda. Él conoce el espacio. En primer lugar, este es el hallazgo".

Rafael volvió a la puerta. No había arcilla en el metal. Cuando sujetó las yemas de los dedos al tubo, sintió una ligera vibración.

«Vehículo en la calle principal», dijo Inés.

El motor se oía a dos calles de distancia.

Rafael quitó la mano. La vibración se mantuvo por un golpe. Entonces no más.

CAPÍTULO 7

La quinta línea

•

Valverde no vino a la mañana siguiente.

A las nueve, una mujer de la administración regional llamó a la casa de Inés y le preguntó qué organismo había solicitado el examen. A las diez, la misma mujer dijo que se estaba aclarando la competencia. A las once pidió una copia del formulario. A las doce ya no se puso en contacto.

Ana hizo sellar la caseta. Dos tiras de papel pasaron por la puerta y el marco, numeradas, fotografiadas y refrendadas por Celia. Celia firmó con un movimiento firme.

«Cuando tenga que ir a las sillas, llamaré», dijo.

«Por favor».

«¿Y si vuelve a contar?»

Inés le dio un número de teléfono. No abrir. Anote la hora. Si es posible, grabe con el teléfono sin acercarse".

Celia guardó la nota en el bolsillo del delantal. «Lo hice la primera vez sin una nota».

Para la medición nocturna, fijaron el proceso por la tarde. Dos grabadoras con tarjetas de memoria separadas. Un receptor portátil. Un micrófono de contacto en la regleta de conexiones. Un analizador de espectro en el patio. Tres relojes, comparados antes del comienzo. Ninguna persona sola en la habitación. No hay cambio de línea sin un anuncio conjunto. Después de cada paso, notas separadas antes de que alguien hablara.

Inés hizo una prueba a ciegas por la tarde. Ana compiló diez archivos de audio: ruido de la calle, grabaciones de radio antiguas, ventiladores, un fragmento de números leído en voz alta y las grabaciones de los eventos anteriores. Asignó nombres neutrales. Rafael e Inés escucharon por separado.

Rafael reconoció la primera grabación de la estación meteorológica. Con dos archivos de ventilador puros, marcó una cadencia. Inés marcó la misma cadencia una vez. En el fragmento numérico, Rafael contó cinco grupos, a pesar de que Ana había utilizado cuatro y una repetición cortada. Inés contó cuatro.

«Experativa», dijo Inés.

«Y tenías lo mismo en el archivo siete».

«Sí».

«Entonces ambos no somos aptos».

«Los dos somos humanos».

Ana dejó constancia de la evaluación. La prueba no refutó la voz. Solo mostró lo dispuesto que estaba el oído a organizar las pausas como límites y los sonidos como filas.

Rafael luego fue al Mercado, no a la Caseta. Compró baterías en un puesto cuyo dueño etiquetaba cada paquete con la fecha. Había cinco posiciones en el recibo. Rafael los dobló sin sumar las cantidades.

A última hora de la tarde, durmió una hora en el sofá del archivo mientras Ana preparaba las tarjetas del dispositivo. Cuando se despertó, por un momento no supo si la voz lo había despertado. Fue solo Teresa quien dejó caer una carpeta en el pasillo. Cinco hojas sueltas se deslizaron sobre las baldosas.

«Puedes cancelar el intento», dijo Ana.

«¿Puedes?»

«Sí».

«¿Vas a hacer?»

«Cuando una persona ya no puede participar limpiamente».

Rafael se sentó. «Puedo participar limpiamente».

Ana no le dio un movimiento de cabeza tranquilizador. «Entonces cumples con la decisión de Inés de interrumpir, incluso si escuchas más que ella».

«En ese momento», dijo Rafael.

Fue una promesa que casi rompió en la Caseta.

Inés insistió en el último punto.

«Ya nos estamos influyendo lo suficiente», dijo.

Rafael leyó la lista. «Te refieres a la señal».

«Me refiero a nosotros».

Ana añadió: *Anotar el conteo de los grupos por separado.*

«¿Y si no viene nada?», preguntó Rafael.

«Entonces eso es un resultado», dijo Inés.

«No hay medición».

«No hay transmisión reproducida».

«Márgo».

«Más exactamente».

Llegaron a casa de Celia a la 1:25. Las Palmeras estaba casi en silencio. De vez en cuando, un camión se dirigía hacia el norte por la carretera principal. En una casa, un televisor estaba corriendo detrás de las cortinas cerradas. El Garúa se sentó en cables, puertas y el techo del Toyota. Era demasiado fina para caer, pero suficiente para marcar todo lo que tocaba.

Los sellos de la Caseta no estaban dañados. Celia les trajo café y se quedó en el edificio. «Si necesitas las sillas, ya sabes dónde están».

Rafael abrió la puerta bajo la cámara de Ana. Inés leyó los números de sello. La habitación no había cambiado. Cumo de pintura, ventiladores, figura. La línea de polvo de la primera mañana había sido destruida por sus pasos de la inspección diaria. Ana solo los tenía en la descripción de Celia.

Construyeron los dispositivos. La grabadora A yacía en una silla plegable en la habitación. La grabadora B estaba en el patio detrás del umbral. El receptor funcionaba exclusivamente con batería. El micrófono de contacto estaba en el soporte metálico de la regleta de conexiones. Rafael condujo los cables de tal manera que nadie tuviera que subirse por encima.

A la 1:52 hicieron un sonido de control. Ambos grabadores lo captaron. Inés golpeó cinco veces la pared exterior, con intervalos irregulares. Ana anotó cuatro golpes, tachó el número y escribió cinco.

Rafael lo vio. «Incluso sin señal».

«Por eso controlamos», dijo Ana.

A las 2:05 cerraron la puerta hasta una grieta. Nadie habló más. La caseta olía más a color cálido, aunque ninguno de los cubos estaba abierto. El receptor se resentó en voz baja. El espectro mostró cuotas de red de las casas vecinas y una erupción cambiante del tráfico rodado.

Rafael estaba sentado a la izquierda de la regleta. Inés estaba en la puerta, Ana en el patio. Podían verse.

A las 2:14, un refrigerador saltó en algún lugar. A las 2:15, un perro ladró. A las 2:16, un mototaxi pasó por el cruce y tocó una cumbia distorsionada por el motor.

Los tres relojes no mostraron 2:17 al mismo tiempo. Primero el reloj digital de Rafael, dos segundos después el teléfono de Ana, por último la grabadora.

La voz comenzó cuando ninguno de ellos habló.

«Cinco dos cuatro once.»

No salió del receptor.

Rafael miró el altavoz. El nivel allí se mantuvo casi sin cambios. La voz estaba en la habitación, seca y cerca. No parecía salir del techo ni de la pared de conexión. Ana retrocedió medio paso hasta chocar con la pared del patio.

«Cero tres ocho dos uno.».

La grabadora A mostró una erupción. Grabadora B también, más débil. El micrófono de contacto dibujaba una proporción muy estrecha por encima del tono básico.

Rafael no escribió. Sus manos estaban sobre sus rodillas. La reticencia fue física. Cada distancia entre los grupos se movió de los dedos, como si quedara una tarea abierta.

«Nueve nueve dos uno siete.»

Inés levantó la mano. La nota acordada: no cambiar nada.

«Siete tres cero cuatro cuatro.»

Llegó el descanso.

Rafael estaba esperando a 11 278. En el descanso, ya oía los cinco dígitos sin que la voz los hablara. Sabía que era una expectativa. Entonces la mujer dijo:

«Uno uno dos siete ocho.»

«Repetimos.»

Inés esperó hasta el comienzo de la segunda ronda. Luego dijo en voz baja: «Preparar el intento de separación».

Solo habían previsto la intervención en caso de que hubiera una señal clara. La quinta ruta del cable terminó en una abrazadera soluble. Rafael lo había comprobado durante el día sin tensión. Ahora volvió a comprobar, primero sin contacto, luego en los puntos liberados. Cero.

«Sin tensión en el punto de medición», dijo.

«Confirmado», dijo Inés.

Ana anotó la hora. El voto llegó a 99 217.

«Aflojar la abrazadera cinco», dijo Inés.

Rafael puso la llave aislada. El tornillo estaba corroído. La movió un cuarto de vuelta. Nada. Una más. El cable cede.

«Siete tres cero-»

La voz se rompió.

No después de un grupo. En medio del número.

La habitación estaba tan silenciosa que Rafael escuchó el roce de su chaqueta mientras dejaba la llave. El nivel cayó en la grabadora A. El grabador B mostró dos erupciones cortas más.

«La línea separada», dijo.

Inés miró su reloj. «Esperar».

Pasó un minuto. El sonido bajo permaneció en el micrófono de contacto, más débil que antes. No salió ninguna voz de la pared.

«Volver a conectar», dijo Inés.

Rafael puso el cable en la abrazadera. No hubo chispa en el contacto. Apretó el tornillo.

La grabadora A se rompió.

«-Cuatro cuatro», dijo la mujer.

Continuó en el lugar interrumpido.

Ana cerró los ojos, solo por un momento. Inés no se movió. Rafael sintió el impulso de volver a soltar el cable, solo para comprobar si la voz seguiría por segunda vez.

«Uno uno dos siete ocho.»

Luego un grupo que no estaba en la fila conocida.

Rafael escuchó 84 210.

Agarró el bolígrafo y escribió los números. La voz no la repitió. En su lugar, comenzó la serie roja: 33 107, 77 092, 44 158.

Ana levantó cinco dedos. Inés cuatro. Rafael no entendió si se referían al número de grupos desde la reconexión o dentro de la serie. Sigue escribiendo.

00 933.

La voz se detuvo.

55 120 no llegó.

Rafael la escuchó de todos modos. No como recordatorio, sino en una corriente de aire silenciosa en el tubo de cable abierto: cinco-cinco-uno-dos-cero. Escribió 55 120 entre los demás.

Después de eso, la voz dijo otro grupo. 52 478.

Rafael estaba seguro. El mismo grupo equivocado, esta vez hablado.

Inés dijo: «El final».

No apagó el receptor. Se acercó a Rafael y le quitó el bolígrafo de la mano sin tocar el bloque.

«La transmisión está en marcha».

«No.»

«Escucha».

«Escucho el sonido de contacto y la calle».

«Ella dijo 52 478».

Ana todavía estaba en el patio. «No escuché nada claro después de 00 933».

«55 120», dijo Rafael. «Entonces 52 478».

Inés señaló a la grabadora A. El nivel era plano. Vamos a escuchar ahora. No más allá de aquí".

«Si nos desconectamos, perdemos...»

«Rafael».

Vio su mano con su bolígrafo. Sus dedos todavía estaban en posición de escritura. La bajó.

Terminaron el intento según lo planeado. Fotografíar la posición de la línea. Colocar el sello. Retire las tarjetas de memoria por separado. Cada uno escribió su número de grupo en una hoja doblada.

Rafael: once desde el principio, dos después del final de la fila roja.

Inés: nueve.

Ana: diez, una incierta.

En el edificio residencial, Celia estaba grabando su teléfono. Lo había puesto en la mesa de la cocina. En eso, los tres primeros grupos azules eran comprensibles. Luego un ruido de la nevera y un descanso. Después de la separación, el archivo contenía la continuación *cuatro cuatro*, aunque la cocina estaba separada de la caseta por dos paredes.

«Esta es la pared», dijo Celia. «Ella cuenta mejor cuando alguien escucha».

Inés también copió este archivo. «No sabemos lo que significa mejor».

«Más», dijo Celia.

«No necesariamente más correcto».

Poco antes de las cuatro, estaban sentados en la estación meteorológica. Nadie quería abrir los archivos en un dispositivo privado. La grabadora A contenía la voz hasta la separación, luego el silencio, luego la continuación exacta. La serie roja terminó en 00 933. No 55 120. No 52 478. No 84 210.

Después de la reconexión, la grabadora B contenía 73 047 en lugar de 73 044. Inés escuchó el último número tres veces. Se quedó siete. En la grabadora A tenía cuatro años.

«Dos dispositivos, la misma habitación», dijo Rafael.

«Dos micrófonos, dos posiciones, dos vías de señal», dijo Inés. Su voz era tranquila, pero sostenía la taza de café con ambas manos. Eso explica las diferencias. No esa diferencia».

El micrófono de contacto contenía el sonido bajo y, mientras la línea estaba desconectada, una cadencia débil sin un lenguaje comprensible. Cinco puntas de nivel. Descanso. Cuatro puntas de nivel.

Ana abrió su nota doblada. Al lado del diez estaba: *¿quinto después?* No taró el signo de interrogación.

Rafael puso su lado equivocado. 84 210 y 52 478 estaban solo con él.

«Crees que los he complementado», dijo.

«Creo que no aparecen en una toma clara», dijo Ana.

«No es lo mismo», dijo Inés.

«No.» Ana miró a Rafael. «Y debemos evitar que sea lo mismo».

Rafael retiró su nota. «52 478 estaba en la hoja vieja antes de que yo la conociera».

«Eso hace que tu entrada de hoy sea significativa», dijo Ana. «No se envía automáticamente».

Se levantó y se fue a la ventana. El Garúa se disolvió sobre las primeras calles. Desde aquí arriba, Las Palmeras y el acceso norte solo se podían ver como áreas grises.

«La línea lo interrumpió», dijo.

«Sí», dijo Inés.

«Y al conectarlo, continuó».

«Sí».

«¿Eso no es suficiente para ti?»

«Es suficiente para no volver a conectar la línea».



Fig. 6 • Regleta de conexión en la Caseta. La quinta ruta de la línea está disuelta para la prueba de separación controlada; bajo la pintura se ha descubierto 8421.

Al final del informe, Inés no escribió *fuelle identificada*. Ella escribió: *Transmisión acústica interrumpida por la separación de la quinta vía de la línea; vía de señal y origen no aclarados*.

Rafael leyó la frase. Tenía razón.

No lo tranquilizó.

CAPÍTULO 8

Interrumpida

.

Valverde llegó a las 8:10, como si no hubiera habido competencia no confirmada la noche anterior.

Esta vez, una pequeña furgoneta municipal conducía detrás de su todoterreno. Dos técnicos se bajaron. Uno llevaba una caja de herramientas, el otro un rollo de cinta de barrera. Ambos mostraban tarjetas de servicio válidas de la municipalidad. Su misión era asegurar un componente antiguo en desuso. El cliente era un organismo regional cuyo sello en la copia era demasiado débil.

Ana llegó al mismo tiempo que Inés. Rafael llegó cinco minutos después en el Toyota. Había dormido en la estación meteorológica, sentado, durante menos de dos horas. Inés lo vio en el pliegue de su chaqueta.

«No vas a conducir después», dijo ella.

«Acabo de conducir».

«Por eso digo después».

Valverde saludó primero a Celia. Explicó que la regleta de conexiones no podía permanecer de forma segura en el lugar debido a su estado. Celia escuchó y señaló las sillas plegables.

«Se quedan».

«Por supuesto».

«Y la figura».

«Solo tomamos la barra técnica y la pieza de cable suelta».

Ana fotografió cada paso del trabajo. Los técnicos soltaron el soporte de cerámica de la pared. Detrás de él quedaba un rectángulo oscuro y cinco aberturas. Cuatro terminaron después de unos pocos centímetros en la mampostería. El quinto conducía a una tubería que desapareció bajo el suelo.

Rafael se arrodilló al lado. «¿A dónde va?»

Valverde miró hacia la abertura. «Probablemente un viejo camino pasivo hacia el distribuidor del norte».

«¿Probablemente?»

«Los planes de inventario están incompletos».

«Ellos conocían la Caseta».

«Un identificador no es un plan».

La frase era razonable. Rafael lo odiaba por eso.

Cuando la barra se colocó en una caja acolchada, Valverde sostuvo un formulario en un bloc de notas. Ana se quedó lo suficientemente cerca como para leer el titular:

PROYECTO ENLACE 8421 / CONTROL DE UNIDADES - ZONA COSTERA IV.

Incluyendo cuatro líneas.

PE-2 - INACTIVA.

SD-5 - INTERRUMPIDA.

4. SI-4 - ESTADO PENDIENTE.

PL-6 - SIN RESPUESTA.

«¿Por qué interrumpido?», preguntó Ana.

Valverde dejó el bolígrafo. «Porque la línea se cortó».

«No cerrado».

«Ese sería un estatus diferente».

«¿Qué unidades son PE-2, SI-4 y PL-6?»

« Identificaciones regionales históricas».

«¿De lugares?»

«De unidades».

«¿Para qué?»

Valverde cerró la tapa de la pluma. Sra. Vargas, estos formularios han sido diseñados para transferencias técnicas. Sus términos no siempre son tan claros como parecen".

«Parecen bastante claros».

«Ese es uno de sus problemas».

Ana fotografió la hoja. Valverde lo permitió. Su pulgar estaba al lado de SD-5, no por encima.

PROYECTO ENLACE 8421	
CONTROL DE UNIDADES - ZONA COSTERA IV	
PE-2	INACTIVA
SD-5	INTERRUMPIDA
SI-4	ESTADO PENDIENTE
PL-6	SIN RESPUESTA

Recepción técnica: componente retirado

Firma / cargo: _____

RECIBIDO

Fig. 7 · Formulario de entrega «Proyecto Enlace 8421 / Control de Unidades - Zona Costera IV». Fotografiado antes de transportar la regleta de conexiones.

Firmó con A. Valverde y una abreviatura que parecía DRC-IV. Celia recibió una copia. Los técnicos no sellaron las cinco aberturas, sino que las cubrieron con una placa de metal atornillada. Rafael pidió una medición pasiva. Valverde estuvo de acuerdo de inmediato.

Sin erupción estrecha. No hay sonido bajo. El medidor de intensidad de campo solo mostraba los valores conocidos del entorno.

«No hay medición», dijo Valverde.

Rafael lo miró. «Conoces la expresión».

«No es raro».

Después de la salida, la caseta permaneció abierta. Los objetos cotidianos parecían más grandes porque faltaba la regleta de conexiones. Celia colocó las sillas plegables en el lugar oscuro de la pared.

Rafael la ayudó a llevar el ventilador más pesado hacia atrás. Vio las cinco aberturas atornilladas una vez más. La placa de metal era nueva y estaba galvanizada. En el medio, el técnico había anotado la fecha con un marcador. Rafael tuvo que obligarse a no leer los números en grupo.

«Tomaron lo que contaba», dijo Celia.

«La barra».

«Eso es lo que digo».

«La voz podría haber llegado a través de la línea».

«Todavía está en la pared».

Rafael apagó el ventilador. Celia lo miró, no preocupada, más bien inquisita. «Todavía lo oyes».

«Aquí no».

«Entonces ve a donde no lo escuches».

Fue el consejo más fácil que recibió en estos días. No pudo seguirlo porque el lugar cambió.

Inés insistió en una segunda medición cero antes de la salida. Instalaron el dispositivo en el patio, frente a la propiedad y en la calle transversal. Todos los valores estaban dentro de las fluctuaciones ambientales anteriores. La erupción llamativa había desaparecido. Una soldadora dos casas más allá volvió a generar grandes perturbaciones. Cuando se apagó, el espectro retrocedió.

«Prácticamente terminado», dijo Ana.

«Localmente interrumpido», dijo Inés.

Rafael miró hacia la calle en la que había desaparecido el coche de Valverde. «Transportado».

Las tres formulaciones describieron una parte. Ninguno describió lo que había sucedido esa noche.

Fueron a la estación meteorológica para copiar las tarjetas de memoria en el inventario de pruebas. En el cerro, la Garúa estaba tan cerca que la ciudad desapareció. Rafael no abrió el archivo del intento de separación. Clasificó los cables, etiquetó las baterías y colocó la grabadora A en el armario.

De la grabadora B salió de repente una voz femenina.

Rafael se dio la vuelta. Inés sostenía el dispositivo en la mano. Su pulgar estaba en la reproducción. El archivo se inició por error.

«-siete tres cero cuatro siete», dijo la grabación.

Ella la detuvo.

«Siete», dijo Rafael.

«En este dispositivo».

«En la habitación había cuatro».

«En el otro dispositivo también».

Ana escribió la diferencia en la lista de archivos. Rafael no sacó su bloque. Sin embargo, el dígito que no encajaba se quedó en su cabeza. Se sentó en el lugar correcto hasta que ambas variantes sonaron igualmente familiares.

Inés cerró el armario. «No hay más evaluación por hoy».

«Porque estamos cansados».

«Porque la fatiga es un error de medición que ya conocemos».

Ana llevó a Rafael a Centro. Dejó el Toyota en la estación. Se durmió en el asiento del pasajero antes de que llegaran a la cantera. Ana vio cómo sus dedos se movían una vez como si sostuvieran un bolígrafo. Luego se quedaron quietos.

«Ahora es campamento de nuevo», dijo ella.

Ana fue al archivo y comenzó a hacer llamadas telefónicas. La Dirección Regional de Comunicaciones - Zona IV, mencionada en la tarjeta de Valverde, se disolvió en 2004 y se transfirió a otras dos áreas. Una oficina sucesora conocía el diseño del formulario, pero no el pedido actual. Un segundo encontró a Adrián Valverde en un antiguo resumen de personal, sin segundo apellido y sin estatus. Una tercera le pidió a Ana que describa la identificación y luego dijo que esas tarjetas ya no se emitían.

Ella tenía cada conversación en el mismo orden. Nombre del puesto. Fecha de la notificación. Número del formulario. Nombre del ingeniero. Orden para eliminar un componente antiguo. No mencionó la voz ni los números. Sin embargo, el tono cambió tan pronto como dijo *Enlace 8421*. Algunos empleados le pidieron que lo deletreara. Otros siguieron hablando antes de que terminara la frase.

Un empleado jubilado recordó la designación *Zona Costera IV*. En los años noventa, gestionó varios programas: informe meteorológico, reserva telefónica, sirenas y puntos de radio móviles. No sabía si 8421 había sido un proyecto o una unidad. Sin embargo, recordó las palabras de estado.

«Interrumpida no era lo mismo que inactiva», dijo. «Inactiva significaba que una unidad no funcionaba. Interrumpida significaba que la vía no estaba completa».

«¿Se pudo restaurar?»

«Si ambos extremos todavía existieran».

«¿Qué finales?»

El hombre se rió en voz baja. «Esa es exactamente la pregunta por la que teníamos malos planes».

No conocía a Valverde. Cuando Ana leyó el número de identificación, dijo que el formato se ajusta a las tarjetas antes de la reestructuración. Después pidió que no se publicara su nombre. Ana explicó que no había publicación. Se quedó en silencio.

«Entonces escriba: clasificación telefónica, no verificada», dijo.

«Lo habría hecho de todos modos».

El centro de costes del contrato municipal condujo a una cuenta colectiva para la prevención de riesgos. La autorización se recibió electrónicamente la mañana de la recogida. Como remitente apareció una abreviatura que no utilizó ningún departamento actual. El pedido era válido porque la cantidad, el tipo de servicio y la verificación de la firma eran correctos. Su origen organizativo permaneció vacío.

Teresa miró la expresión. «Los formularios que funcionan a veces son más difíciles de aclarar que los incorrectos».

Ana lo colocó junto a la foto de Valverde. «Porque alguien tiene que pagarlos».

«O porque un sistema antiguo todavía sabe cómo».

«¿Falso?» Preguntó Inés.

«Real y viejo también es posible», dijo Ana. O un lugar utiliza plantillas antiguas. Los técnicos municipales tenían un encargo válido».

«¿De quién?»

«El campo solo contiene un centro de costos».

Cuando Ana quiso imprimir la fotografía del formulario, la copia ya no estaba disponible en su libro de trabajo. La funda estaba en el mismo lugar. La cremallera estaba cerrada. Nadie en el archivo recordaba haber movido la carpeta.

Ana revisó su cámara. La foto todavía estaba allí.

Imprimió tres versiones, las numeró y puso una en la caja fuerte. En las impresiones, SD-5 estaba claramente como *INTERRUMPIDA*.

Mientras tanto, Rafael estaba sentado en la cafetería cerca del Mercado. Pidió café y no lo tocó. Sobre el mostrador había un televisor sin sonido. Los subtítulos aparecieron en bloques irregulares. Cinco palabras. Descanso. Cinco.

Miró hacia otro lado.

Un exprimidor chirría con cada media vuelta. Un mototaxi hizo funcionar el motor afuera. En el refrigerador detrás del mostrador, una botella suelta vibraba contra el vidrio.

Los tres sonidos encontraron la misma cadencia.

Rafael sacó el bolígrafo del bolsillo de la camisa y lo puso sobre la mesa. No abrió el bloque.

Inés lo encontró allí a las tres y media.

«No condujiste a casa».

«Me dijiste que no condujera».

«Dije después».

«Eso es después».

Ella se sentó. Rafael le empujó el café frío. «Sin azúcar».

«¿Desde cuándo está aquí?»

«Es frío».

«Eso no era una indicación de tiempo».

Sonrió brevemente. Entonces la nevera vibró. Rafael miró a la pared.

«¿Qué?» Preguntó Inés.

«Nada».

«Todavía lo oyes».

Rafael no respondió.

Inés sacó el bolígrafo de la mesa. «Hasta nuevo aviso, no hay turnos nocturnos solos».

«Porque escucho algo que tú también escuchaste en la Caseta».

«Porque no duermes y ahora lo escuchas en la nevera».

La barra se ha ido. Eso no significa que la línea se haya ido".

«Posible».

«Y aún así me sacas».

«Precisamente por eso».

Rafael miró su mano con el bolígrafo. «Eso suena a cuidado».

«Es planificación de turnos».

«Bien».

«Y cuidado».

La nevera dejó de vibrar. En el silencio resultante, Rafael sabía exactamente cuándo debería haber venido el siguiente golpe.

No vino.

CAPÍTULO 9

Ya no necesita la radio

.

En el día, Rafael trabajó de forma fiable.

En la primera semana después de la Caseta, inventó reglas para sí mismo que no mostró a nadie. No hay números en papel suelto. No iniciar la grabación después de la medianoche. No encienda ningún dispositivo por segunda vez, solo porque no había salido nada en la primera pasada. Si un sonido formaba cinco partes, tenía que nombrar otros tres sonidos que existían al mismo tiempo.

En el Mercado fueron el enrollado de las rejillas metálicas, un cuchillo en una tabla de madera y la llamada de una comerciante de limas. En El Faro había un compresor, una radio y las gaviotas sobre la carretera costera. En el cerro había viento, ventiladores y los cables sueltos en la valla.

El ejercicio ayudó porque no hizo pequeñas cosas ordinarias. Ella les dio peso contra la cadencia.

Rafael visitó a su madre para almorzar. Ella vivía en la parte inferior de El Alto y le puso un plato antes de preguntarle por qué se veía más delgado. Dijo que los turnos habían sido inquietos.

«Entonces come tranquilamente», dijo ella.

En el patio, alguien bombeó agua a un techo. Cinco golpes pasaron por la línea. Rafael dejó la cuchara.

«La bomba ha estado haciendo esto desde abril», dijo su madre.

«¿Qué?»

«Este golpeteo. Parece que querías arreglarlo».

«Tal vez aire en la tubería».

«Tal vez sopa en tu plato».

Sigue comiendo. Su madre no volvió a preguntar. De camino a casa, Rafael se dio cuenta de que había escuchado los cinco golpes sin tener una consecuencia. Esto le parecía envidiable e imposible al mismo tiempo.

En el trabajo, Inés no comprobó en secreto si funcionaba. Preguntó abiertamente por el sueño, el café y la concentración. Rafael respondió primero

con bromas, luego con horas. Cuatro. Cinco. Tres y medio. Seis. Los números eran necesarios esta vez.

«Si te quedas por debajo de los cuatro, no hay trabajo al aire libre en el mástil», dijo.

«Esta no es una frontera oficial».

«Entonces quejarse a mi departamento no oficial».

«¿Zona Costera Cinco?»

Inés lo miró durante mucho tiempo. «Eso no fue bueno».

«No.»

No se disculpó por el chiste, pero tampoco lo repitió.

Ana llamó solo una vez para hacer una pregunta objetiva: si la pegatina N-5 en el receptor era visible antes de la limpieza. Rafael dijo, parcialmente. Ella no preguntó por nuevas percepciones. Estaba agradecido y molesto con ella al mismo tiempo.

Por la noche, sacó la nota doblada con los números de Ana del bolsillo y la puso en un cajón. 8421 estaba en ella. Cerró el cajón. Después de diez minutos, la volvió a abrir, giró la hoja con el lado vacío hacia arriba y la volvió a cerrar.

No fue una victoria. Solo una posición diferente del papel.

Reemplazó dos conexiones de cables porosas, calibró el sensor de humedad y condujo con Manuel hasta un distribuidor en Los Pinos, cuya puerta se atascó después de la última lluvia. Anotó horarios, valores y material. Sus entradas eran más pequeñas de lo habitual. No quedaba margen para números adicionales.

Inés no le asignó tareas en las que se quedara solo en el cerro. Ella justificó técnicamente cualquier cambio. Segunda persona en el servicio de campo. Principio de cuatro ojos para la copia de seguridad de datos. No hay turno después de la medianoche hasta que se complete la evaluación. Rafael contradijo la primera vez y no más después.

Sin embargo, el sueño solo llegó en secciones. Cuando cerró los ojos, no oyó ninguna voz. Escuchó el descanso frente al quinto grupo. Ella era peor porque su cabeza la llenaba.

Puso todos los bolígrafos del dormitorio en la cocina. En la segunda noche encontró un lápiz en la mesita de noche. No sabía si lo había traído él mismo. En el papel debajo no había números, solo cinco líneas cortas.

Por la mañana, no tiró la hoja. Lo dobló y lo metió en el bolsillo. A mitad de camino al trabajo, se detuvo en el mercado, compró pan y dejó la hoja en una papelería pública. Luego siguió tres pasos, se dio la reta y comprobó que todavía estaba allí.

Ese fue el momento en que se dio cuenta de que Inés tenía razón.

No sobre la causa. Sobre dejar de fumar.

El mismo día le dijo que no dormiría en la sala hasta el fin de semana. Inés solo asintió.

«Tú también puedes venir conmigo», dijo más tarde cuando empaquetó el dispositivo de prueba.

«¿Para que registres mi tiempo de sueño?»

«Sí».

«Eso fue demasiado rápido».

«He preparado».

Durmió en su pequeña habitación de invitados en El Alto. A través de la ventana se podían ver los techos inferiores de Centro. Un tanque de agua negro estaba en la casa vecina. Su bomba arrancó a las 2:17. La tubería de la pared golpeó cinco veces.

Rafael se sentó.

La luz se enciende en el pasillo. Inés estaba de pie en la puerta, con el pelo todavía plano de dormir a un lado.

«Escé la bomba», dijo.

«Cinto golpes».

«Sí».

«La has contado».

«Porque sabía que los contabas».

«Entonces ahora está dentro de ti».

Inés se apoyó en el marco. «O conozco mi tanque de agua».

La bomba continuó funcionando de manera uniforme. Rafael se acostó de nuevo. «¿Escribes en el protocolo?»

«No.»

«¿Por qué no?»

«Porque es una bomba».

El viernes tuvo que comprobar una ruta de cable abierta en el antiguo contenedor de la estación meteorológica. Se debe colocar una nueva línea de datos. El trabajo estaba programado durante el día, Inés en la habitación contigua. Rafael quitó una tapa. Detrás había dos venas viejas y cortadas y un tubo vacío más nuevo. El aire fresco salió de la tubería.

El viento afuera era cálido.

Rafael sujetó una tira de papel en la abertura. Se movió hacia adentro. Una ligera presión negativa, probablemente a través del canal de cable al otro contenedor. Llamó a Inés.

«Aire hacia adentro», dijo. «Estamos comprobando el camino».

Fueron al viejo contenedor. El tubo vacío terminaba detrás de un estante, abierto, sin conexión. La tira de papel también se movía allí. Una diferencia de temperatura entre las habitaciones podría explicar el flujo.

Rafael cerró la tapa. Al encadrar, el resorte sonaba como un dígito.

El lunes, el Garúa volvió más denso. El sensor tres informó de un viento fluctuante del suroeste. La conexión de red falló a las 18:40. Rafael e Inés subieron juntos. El error se debió a un enchufe dañado en el contenedor antiguo. Una reparación ordinaria: apagar, asegurar, reemplazar el enchufe, comprobar.

Terminaron a las 21:10. Inés exportó los datos fallidos. Rafael admitió herramientas. El medidor de lluvia, que casi nunca podía medir nada, se desvaneció una vez en el viento.

«Vamos», dijo Inés.

«Cincuenta minutos».

«¿Para qué?»

«Control final».

«Esta está lista».

«Canal de cable».

Miró hacia la cubierta abierta. «Cincuenta minutos».

El conducto de cables estaba vacío, excepto por dos cables muertos. Rafael comprobó el paso contra tierra. No hay resultados. Dejó el medidor.

«Listo», dijo Inés.

La voz salió del tubo abierto.

No es ruidoso. No está completo. Solo el último dígito de un grupo, luego un descanso.

«-Ocho.»

Rafael se congeló. Inés estaba a dos metros de distancia. Levantó la cabeza.

«¿Tienes...?»

«Sí».

El destinatario principal no estaba en la habitación. Estaba sellado en el archivo. No había grabadora. Rafael sacó su teléfono e inició la grabación.

«Cero tres ocho dos uno», dijo la mujer desde el tubo vacío.

Rafael puso el teléfono sobre la mesa. La voz era más débil que en la caseta. El ritmo era el mismo.

«Nos vamos», dijo Inés.

«Recoger ahora».

«Resolvamos y salimos de la habitación».

«Si la posición...»

El teléfono se queda. Nos vamos".

Entraron en la sala principal. A través de la puerta abierta vieron el teléfono sobre la mesa. La voz continuó 99 217. Luego 73 044.

Llegó el descanso antes del quinto grupo.

Rafael sabía que la grabación estaba en mente. Sabía que Inés estaba a su lado. También sabía que algo en él se estaba relajando porque el orden finalmente volvería a ser completo.

«Uno uno dos siete ocho.»

Se adió un paso hacia la puerta.

Inés no lo sujetó. «Rafael».

«Solo el teléfono».

«Esperar».

«Repetimos», dijo la voz.

En la segunda pasada fue más silencioso. Rafael no escuchó al primer grupo con los oídos, sino con el zumbido del ventilador del ordenador. 52 411. El ventilador se ató y la voz en el contenedor habló 03 821.

«Ella no necesita la radio», dijo.

«Aquí hay un camino de cable abierto».

«No quise decir eso».

«Lo sé».

Rafael fue al armario eléctrico y abrió el fusible del viejo contenedor. Inés se puso a su lado.

«¿Qué estás haciendo?»

«Separar».

«La ruta del cable es pasiva».

«Entonces no cambia nada».

«Es por eso que no es un intento limpio».

Dejó caer la mano. La voz alcanzó 73 044. Otra vez el descanso.

Rafael tomó una brida y cerró la tapa sobre el tubo vacío. La voz no se hizo más baja. Puso la mano en la chapa. Hubo cinco golpes en la vibración.

«Uno uno dos siete ocho.»

Después no dijo nada. No *Repetimos*. Solo el sonido bajo.

Rafael se sentó en el suelo, de espaldas al armario. El cansancio no llegó gradualmente. De repente, se convirtió en el peso que había sido toda la semana.

Inés cogió el teléfono. La grabación duró tres minutos y doce. Ella no la escuchó. Se sentó en la silla de enfrente.

«Nos quedaremos aquí hasta que puedas dormir», dijo.

«Esta es una estación meteorológica».

«Bien observado».

«Querías que no durmiera aquí».

«Estoy ajustando el plan a los valores medidos».

Rafael cerró los ojos.

Cuando se despertó, eran las 3:04. Inés estaba sentada en el ordenador y había copiado la grabación. Sobre la mesa había una hoja de su bloc de notas. En su manuscrito decía:

YA NO NECESITA LA RADIO.

Entre ellos, cinco números, tachados con tanta fuerza que el papel estaba roto.

«¿Escribí eso?» Preguntó.

Inés se dio la vuelta. «No lo he visto».

«Estabas aquí».

«Estuvi en la habitación contigua durante cinco minutos para conseguir agua».

Rafael no tomó la hoja. «¿Está la frase en la grabación?»

«No.»

«¿Has oído todo?»

«Dos veces».

Miró a la cubierta cerrada. «Entonces es mi nota».

«Tal vez».

«Tal vez digas».

«Sí».

Inés puso una cubierta transparente sobre la hoja. No como prueba contra él y no como prueba de la voz. Solo para que más tarde fuera la misma hoja.

Bajaron al amanecer. Rafael estaba sentado en el asiento del pasajero. Cuando el Toyota pasó por encima de los baches de la cantera, los alicates de la guantera chocaron contra el plástico.

Cuatro veces.

Rafael no esperó el quinto golpe.

CAPÍTULO 10

Sin medición

.

La grabación del antiguo contenedor contenía una voz.

Contenía 03 821, 99 217, 73 044 y 11 278. Faltaba el primer grupo. En su lugar estaba el ruido de un ventilador de ordenador. La frase de Rafael no estaba grabada. El sonido bajo terminó cinco segundos antes de que Inés diciera la hora en voz alta.

La ruta del cable conducía desde el antiguo contenedor a un pozo debajo del piso de la estación y terminaba en un distribuidor cerrado. Las dos venas muertas en él no estaban anotadas en ningún dibujo actual. Eulogio llegó al Cerro al día siguiente y los miró con una lámpara.

Había envejecido desde que Ana le habló para el documental de radio. Sus manos se movían lentamente, pero en una abrazadera aún sin dudarlo.

«Programa de advertencia», dijo. O teléfono. En ese momento, todo iba donde todavía había espacio".

«¿Norte cinco?» Preguntó Rafael.

Eulogio lo miró. «Ese es un nombre que la gente usa cuando falta el plan».

«¿Sanos el enlace 8421?»

«Conocía muchos números».

«¿Esta?»

Eulogio brilló en el pozo. Tal vez en una caja. Tal vez en un formulario. Si digo que sí, que lo recuerdes. Si digo que no, lo ocultan".

Ana, que estaba detrás de ellos, anotó la frase. Eulogio lo notó.

«Puedes escribir eso».

Persiguieron las venas hasta una ejecución amurallada. Detrás estaba el contenedor más antiguo. Ningún camino conducía visiblemente a Las Palmeras. Una prueba inductiva no mostró ninguna continuación. Rafael quería levantar la placa inferior. Inés dijo que no hasta que se distujo un permiso y un plan.

El permiso llegó cuatro días después. Debajo de la placa había arena, un resto de cable tapado y una marca de plástico con la inscripción descolorida SAT 98. No 8421. No hay quinta línea.

«No hay medición», dijo Rafael.

«Sin ruta de conducción continua», corrigió Inés.

«Márgo».

«Más exactamente».

Intentaron reproducir la recepción en tres noches. No solo con Rafael, sino con equipos cambiantes. La primera noche, Inés y un técnico de la Municipalidad se sentaron en la sala hasta las 2:40. El destinatario permaneció en el archivo. No oyeron nada. En la segunda noche, Ana e Inés vigilaron el viejo contenedor con dos grabadoras. Un camión en la carretera costera produjo un sonido bajo a las 2:16, que se podía asignar a través de la distancia y la marca de tiempo. A las 2:17 solo quedaba viento.

La tercera noche, Rafael se quedó en casa.

Hirvió agua a la una, puso su teléfono en la cocina y se sentó en la sala de estar sin papel. El ventilador estaba apagado. A través de la ventana llegó la ciudad: un perro, una motocicleta, música muy abajo en El Alto. A las 2:17 no escuchó nada.

La ausencia de voz fue inicialmente un alivio. Después de un minuto, se convirtió en expectativa. Después de cinco minutos, se convirtió en una tarea que no pudo resolver.

Rafael se levantó y lavó la taza. Lo secó. Lo puso en el armario. Luego se fue a la cama.

Por la mañana, su teléfono mostró una grabación de 2:13 a 2:26. No recordaba haberla iniciado. El archivo contenía cocina, tubería de agua, puerta de armario. A las 2:17:08 se escucharon cinco golpes muy silenciosos.

No le llevó el archivo a Inés de inmediato. Esperó hasta el mediodía, y esta espera fue su primera decisión consciente contra la señal. No ocultar, no interpretar, no llamar por la noche. Comió en el mercado, ayudó a un comerciante a sacar una báscula de una caja y luego se dirigió a la estación.

Inés escuchó los cinco golpes. «Tubo o armario».

«Sí».

«¿Por qué grabaste?»

«No lo sé».

«¿Has escrito?»

«No.»

«Bien».

«Eso no es un valor medido».

«No. Eso es bueno».

Rafael volvió a trabajar solo durante el día. Los turnos nocturnos permanecieron divididos durante dos semanas. Durmió más tiempo, primero cuatro horas, luego seis. La cadencia no desapareció por completo. Un ventilador aún podía producir cinco golpes. Un control de semáforo podía

establecer cinco clics de relé. La diferencia era que Rafael no esperaba la continuación cada vez.

Mientras tanto, Ana ordenó el inventario de pruebas.

Creó cinco mapas, no porque cinco se hubiera convertido en un número neutral, sino porque las fuentes lo exigían.

Primero: voces y números registrados objetivamente.

Segundo: documentos antiguos y la hoja de arte.

En tercer lugar: resultados de ubicación y gestión.

Cuarto: percepciones y grabaciones diferentes.

Quinto: identificadores regionales sin conexión verificada.

En cada carpeta venía una portada con los límites del contenido. La foto del formulario de Valverde estaba en el quinto. El original de la copia desapareció. La grabación telefónica de Celia estaba en el primero y el tercero, con referencia en lugar de doble archivo.

«Has construido una red», dijo Rafael al ver el orden.

«No. Un registro».

«Cinto carpetas».

Ana le empujó las portadas. «Si te molesta el número, lo numeraré con letras».

«Entonces todavía son cinco».

«Correcto».

Leyó los límites. Las percepciones divergentes decían: *Un grupo adicional no puede ser confirmado técnicamente ni excluido como mera imaginación. La expectativa, la memoria y la señal no se pueden separar claramente en los eventos actuales.*

«Suenan como si fuera parte del dispositivo», dijo.

Ana no respondió de inmediato. Parece que tenemos que documentar tu percepción como percepción. No como medidor".

«¿Y si cambia la señal?»

«Entonces no tenemos ninguna medida para eso».

Rafael se reclinó. Un mototaxi se desplaneó del archivo. El conductor intentó tres veces llegar a un espacio demasiado estrecho, se bajó, miró la distancia e intentó una cuarta vez.

«Ninguna medición se ha convertido en tu frase favorita».

«Es honesto», dijo Ana.

Inés redactó el informe técnico. Trabajó durante dos días en la formulación del resultado y descartó cualquier versión que la causa y el efecto se acercaran más de lo que los datos permitían.

Antes de la liberación, hizo que cada persona involucrada leyera solo la sección que pudo presenciar. Celia confirmó la voz, la puerta y la línea de polvo, pero no el número de grupos. Ana confirmó las rutas y los documentos. Rafael

confirmó la configuración del dispositivo, el proceso de separación y sus propias transcripciones. Los dos técnicos municipales solos confirmaron la eliminación de la barra. Nadie podía acostumbrarse a un recuerdo más completo a través de las formulaciones de los demás.

Se reunieron en la pequeña sala de reuniones de la Municipalidad. El ventilador del techo giraba demasiado lentamente y empujaba aire caliente sobre la mesa. Teresa llevaba el protocolo.

«La puerta estaba abierta por la mañana», dijo Celia. La cadena y el castillo estaban cerrados. No digo que estuviera sin abrir. Digo cómo la vi".

Ana cambió una frase.

«¿La línea en el polvo?», preguntó Teresa.

«Justo de la pared a la puerta. No hay foto».

«Entonces declaración, no hallazgo del objeto», dijo Ana.

Rafael leyó la sección sobre la medición nocturna. Aquí dice que la voz se percibió en la habitación. Ella estaba en la habitación".

«Aceptado por tres personas y dos dispositivos», dijo Inés. «Eso está en la siguiente frase».

«¿Por qué no audible?»

«Porque audible sin auricular suena como si la habitación en sí fuera un dispositivo de medición».

«Midió mejor que la grabadora B».

Teresa levantó la vista. «Eso no está en el informe».

Rafael taró el comentario de su copia. El sonido del bolígrafo en papel le recordó a 52478. No comenzó de nuevo.

En la sección de Valverde, Celia preguntó por qué el hombre tenía más espacio que ella. Ana explicó la competencia abierta. Celia pensó.

«Él fue educado», dijo ella. «Escriba eso. De lo contrario, la gente se imagina a un hombre que entra por las puertas por la noche».

Ana agregó: *Apariencia cooperativa; acceso con el consentimiento de la propietaria.*

Esto no hizo que el informe fuera menos extraño. Se volvió más preciso.

Después de dos horas, se levantaron. Sobre la mesa quedaron cuatro copias marcadas de forma diferente. Teresa los recogió. Rafael solo se quedó con la portada. En el pasillo, Celia preguntó si alguien podía traer las sillas plegables el domingo.

Rafael dijo que si. Fue la primera cita con la Caseta, que no tuvo nada que ver con 2:17.

El resumen final fue:

Entre el 3 y el 17 En julio de 2026, se documentaron perturbaciones acústicas y electromagnéticas no identificadas en la estación meteorológica de Cerro Vigía y en una caseta de conexión histórica en Las Palmeras. Al menos dos eventos contienen

grupos de números comprensibles de cinco dígitos. Una desconexión controlada de la quinta vía de la línea en Caseta 8421 interrumpió una transmisión acústica; después de la reconexión, se registró una continuación en al menos un dispositivo. Los registros y los recuentos de testigos difieren en parte entre sí. Después de retirar la regleta, no se pudo reproducir la recepción local en condiciones controladas. Origen técnico: no detectable.

Rafael leyó el texto en su pantalla.

«No escribes que se acabó».

«Porque no puedo medirlo».

«Pero ya no viene nada local».

«En las condiciones comprobadas».

«Márgo».

«Más exactamente».

Ella puso los apéndices debajo. Dispositivos, fuentes de tiempo, archivos, sumas de comprobación, datos meteorológicos, estados de conmutación. No hay capítulo sobre emisoras de números clásicos. No hay teoría sobre 1.718.309.225 hercios. Solo una indicación de que la información no se ajustaba al rango de frecuencia de los dispositivos históricos utilizados.

«Podrías decir que el número no tiene que ser frecuencia», dijo Rafael.

«Eso sería una interpretación».

«Podrías decir que ella podría ser una».

Inés guardó. «Entonces tendría que enumerar todo lo que podría ser».

Una semana después, Rafael volvió a casa de Celia con Ana e Inés. La placa de metal sobre los orificios de la línea estaba fija. Celia había reorganizado la Caseta. Las sillas plegables estaban a la derecha, los ventiladores a la izquierda. La mano reparada de la figura estaba pintada con un tono más claro.

«Ya no contaba», dijo Celia.

«¿No?» Preguntó Rafael.

El ventilador a veces cuenta. Pero lo hizo antes".

Ella le entregó un cubarro de pintura. «Ya estás allí, pédelo hacia atrás».

Rafael llevó el cubo a la habitación. Se detuvo en la placa de metal. Nada vibraba. No puso su mano en la pared.

Tomaron café en el patio. Un niño empujó una bicicleta con un neumático pinchado por el callejón. Un tanque de agua negra se llenó en un techo. El tubo golpeó dos veces y permaneció tranquilo.

Ana le preguntó a Celia si estaba de acuerdo con que mencionara su nombre en el inventario de pruebas.

«Si escribes que es mi almacén».

«Esto es lo que escribo».

«Y no es que crea en las voces».

«Usted ha escuchado uno».

«Eso es otra cosa».

Inés asintió. «Sí».

En el camino de regreso, Rafael conducía. Inés se sentó a su lado, Ana detrás con las carpetas. En el acceso norte, un colectivo esperaba a dos pasajeros. Sobre el parabrisas estaba SAN DESVELO. Los nombres de las paradas estaban escritos con pintura blanca. Bajo LAS PALMERAS quedaba un lugar vacío.

«Valverde», dijo Rafael. «¿Crees que volverá?»

Ana respondió: «Su formulario es lo suficientemente real como para que se haya producido una recogida municipal. Su puesto no está claro. Estos son dos hallazgos diferentes».

«Esa no era la pregunta».

«Lo sé».

Inés miró por la ventana. «Cuando vuelva, nos daremos un número de teléfono actualizado».

Rafael se rió. «Eso lo va a preocupar».

En Cerro Vigía, a la mañana siguiente, reemplazó la cubierta del canal de cables por una nueva. Los etiquetó con la fecha, el material y su abreviatura. Ningún número que no fuera necesario.

El sensor tres informó de 4,2 metros por segundo desde el suroeste. El valor cambió con el viento.

Por la noche, se reunieron en el pequeño chifa, cerca del Mercado. No fue una celebración. Ana trajo la última carpeta numerada, Inés el informe firmado y Rafael llegó con hambre. Pidieron demasiado arroz y una jarra de chicha morada.

«¿Qué pasa con el destinatario?», preguntó Rafael.

«Existencia asegurada», dijo Ana. «No se conecte sin un nuevo plan de prueba».

«¿Y la barra de Valverde?»

«Desconocido Lugar De Custodia».

«Eso suena mal».

«Suena desconocido».

Inés no puso el informe sobre la mesa. Tenemos números de serie y fotos. Si aparece en un inventario oficial, podemos identificarlo”.

«¿Si no?»

«Entonces no».

Un camarero dejó tres platos. Rafael apartó la salsa de soja. En la botella había un número de lote con cinco dígitos. Se fijó en ella y no la leyó en voz alta.

Ana habló de un archivo de mercado en el que el puesto 28 se había almacenado durante años antes del puesto 17. Inés informó que el sensor de lluvia en el Cerro finalmente había medido una gota en un día seco,

probablemente agua de limpieza. Rafael escuchó. La vida cotidiana no parecía un regreso a algo más pequeño. Era el material del que siempre estaba hecha la ciudad.

Al pagar, no dividieron la suma exactamente. Ana puso un billete, Inés monedas, Rafael el resto. Nadie escribió los números.

Afuera, la Garúa se había vuelto más fuerte. La luz del Mercado estaba suavemente en el aire. Un mototaxi se detuvo, dejó que un pasajero se bajara y continuó. Su motor tropezó brevemente en un episodio que sonaba casi familiar.

Rafael continuó antes de que ella se completara.

A las 2:17 Rafael no estaba en la estación. Dormía en casa. En la mesa de trabajo, el ordenador siguió funcionando y anotó automáticamente los valores medidos en un archivo.

Entre las 2:17:00 y las 2:17:30 no faltaba ninguna línea.

EPÍLOGO

Fuera de San Desvelo

.

Ana no abrió la carpeta regional hasta que se completó el inventario de pruebas locales.

Fue una mañana brillante. El Garúa todavía estaba sobre Centro, pero en el patio del archivo ya había un sol rectangular en las baldosas. En la tapa del nuevo sobre, Ana escribió:

ENLACE 8421 / REFERENCIAS FUERA DE SAN DESVELO / NO VERIFICADO.

Primero puso la foto del formulario de Valverde. PE-2, SD-5, SI-4, PL-6. A continuación, la foto de la exposición sin cortar. En la tarjeta enrollada, SD-5 era claro y PE-2 solo se podía ver si sabías lo que estabas buscando.

San Desvelo no fue el centro de atención. La costa corría hacia el norte y el sur más allá del borde de la imagen. Los cinco puntos de la ciudad eran un grupo entre varios.

Ana buscó en los mapas de acceso público la forma de la costa, no los identificadores. PE-2 podría estar al norte, pero no tenía que hacerlo. La tarjeta antigua estaba girada, deformada y enrollada en el borde. Un punto que parecía Puerto Esperanza también podría ser una referencia técnica fuera de la ciudad.

Ella puso los datos meteorológicos de las noches de las transmisiones actuales al lado. Garúa, humedad y viento no mostraron ni un solo patrón. Dos recepciones estaban con humedad densa, una con Garúa desgarrado. Esto encajaba con el discurso general de Valverde sobre la superposición atmosférica y precisamente por eso no lo demostró.

En el sal de radio, Ana encontró una vieja lista de conductores de Ruta Nocturna. El nombre de Nicolás Luján no estaba en él, pero su taller en Puerto Esperanza había entregado piezas de repuesto para dos vehículos. Una factura llevaba la misma tinta de sello que la hoja en la nueva caja. Por lo tanto, el camino del papel era plausible. La ruta de la nota a lápiz seguía siendo desconocida.

Ana escribió tres posibles próximos pasos: pedirle a Diego la letra. Comparar libros de taller de Puerto Esperanza. Busque el identificador PE-2 en

los archivos del programa de alerta regional. Luego trazó una línea debajo y escribió: *no antes de que terminaran los períodos de protección local*.

El nombre de Rafael no estaba en ningún documento de la carpeta regional. Sus grupos diferentes pertenecían al inventario de pruebas local. El informe de Inés se mantuvo interno. La dirección de Celia se acortó en copias de trabajo a Las Palmeras. La reticencia no era solo científica. Era una forma de no convertir a las personas en extensiones de un caso abierto.

Por la noche, Ana se llevó el sobre a casa porque se había reparado una línea en el archivo. No lo puso junto a su cama, sino en la mesa de la habitación delantera. Ella estaba despierta a la 1:53. No por una voz. Un camión frenó en la Avenida y su sistema de aire comprimido emitió cuatro golpes cortos.

Ana no miró el reloj hasta que el cuarto se apareció.

El quinto no llegó.

Esperó un minuto y luego apagó la luz. Por la mañana, no anotó el incidente. No todos los acuerdos se han convertido en una fuente a través de la atención.

Ana tomó papel vegetal y transfirió solo los identificadores, no los lugares sospechosos. Además de PE-2, escribió *posiblemente Puerto Esperanza*. Aparte de SI-4 y PL-6, no escribió nada. Una asignación vacía era más precisa que un nombre plausible.

Por la tarde, Diego Luján trajo una pequeña caja del taller de su difunto tío Nicolás. Ana conocía la caja. En ella había estado el casete con el que había comenzado su documentación sobre Radio Desvelo. Diego había encontrado facturas bajo un suelo equivocado en la última clasificación.

«Repuestos», dijo. «Nada interesante».

«Eso es lo que has estado diciendo desde el casete».

El casete tampoco era interesante. La hiciste interesante".

Diego se quedó mientras Ana miraba la primera mitad. Reconoció el sello de su tío y dos tipos de bloques de cuentas. Las partes traseras se habían utilizado a menudo en el taller para números de teléfono, dimensiones y horarios de salida. Nicolás escribía con lápiz cuando tenía grasa en las manos, porque los bolígrafos se deslizaban.

Ana aún no le mostró la nota. Primero le pidió piezas comparativas. Diego encontró en otra factura: *bus 4 / 06:20 / falta una correa*. El cuatro, el seis y la a minúscula se parecían a la línea PE-2, pero no lo suficiente para una asignación segura.

«¿Podría ser su escritura?», preguntó finalmente Ana, volteando la hoja.

Diego leyó la frase dos veces. «Podría».

«¿Qué significa PE-2 en el taller?»

Tal vez un vehículo. Mi tío tenía abreviaturas para los clientes".

«¿Y cuatro grupos?»

Las entregas de piezas llegaron en grupos. Pero nadie habría escrito, el quinto no llegó. Más bien *falta caja* o el nombre de la pieza".

«01:53?»

Demasiado tarde para una recogida normal. No demasiado tarde para un autobús".

Saque su teléfono. «Puedo preguntarle a mi padre».

Ana puso la mano al lado de la hoja, no encima. «Todavía no».

Diego la miró. «¿Por qué?»

Porque primero tengo que saber qué pregunta estoy haciendo. Si le leo toda la línea, tal vez reciba un recordatorio de la línea en lugar del taller".

Diego guardó el teléfono. «Eso suena agotador».

«Es eso».

«¿Y si es importante?»

«Entonces mañana será la misma nota».

Ana no estaba segura de si eso era cierto. En cuanto a la hoja de arte y las grabaciones, la igualdad había demostrado ser menos fiable de lo que prometían el papel y los archivos. Por lo tanto, fotografió la factura en presencia de Diego, le hizo leer el nombre del archivo y preparó una suma de verificación. El cuidado ordinario no era una protección contra todo. Ella era solo el límite de lo que uno podía ser responsable.

Se verificaron las facturas de las correas trapezoidales, los fusibles, las baterías, las lámparas y las horas de taller. La mayoría procedían de Puerto Esperanza. Algunos no llevaban el año. Ana los ordenó por papel, sellos y los pocos recibos fechados.

En el reverso de una factura había un lápiz.

La escritura era débil. Las líneas de piezas de repuesto delanteras brillaban a través del papel. Ana giró la hoja debajo de la lámpara.

PE-2 / 01:53 / cuatro grupos / la quinta no llegó.

El quinto no llegó.

Ana no devolvió la llamada a Diego a pesar de que había escrito su número en una nota. Tampoco llamó a Puerto Esperanza. Una nota del taller no demostró ni una voz ni un fenómeno. PE-2 podría haber sido un vehículo, una unidad o una distancia. 01:53 podría indicar una hora o una duración. Cuatro grupos podrían significar números, piezas o entregas.

Pero las palabras estaban ahí.

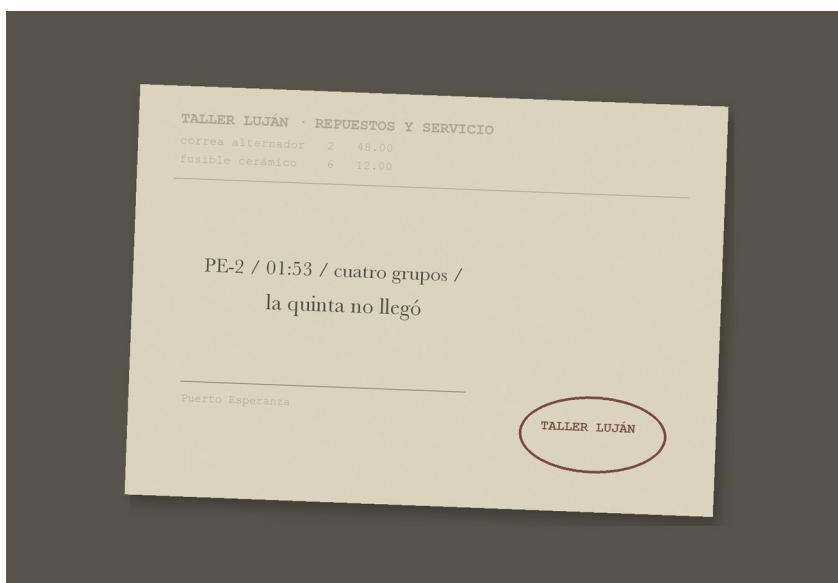


Fig. 8 · Reverso de una factura del taller de Nicolás Luján en Puerto Esperanza. «PE-2 / 01:53 / cuatro grupos / la quinta no llegó».

Ana fotografió el anverso y el reverso, anotó la ruta y colocó el original en una funda. Luego lo metió en el sobre con las pistas no verificadas.

Ella comparó 01:53 con las horas de San Desvelo. La diferencia con 2:17 fue de veinticuatro minutos. En la carretera costera no se podía definir un lugar seguro en veinticuatro minutos; el tráfico, el estado de la carretera y la dirección hacían que el número fuera insignificante. Sin embargo, Ana no dibujó ninguna distancia en el mapa. Una diferencia horaria aún no era un movimiento.

En el banco de pruebas de Radio Desvelo estaba el mapa 02:17 / *Paso Norte*. Ana la sacó, la puso junto a la factura del taller y vio la facilidad con la que dos hojas afirmaban una historia una vez que compartían la misma mesa. Ella no fotografió esta disposición. Luego devolvió la tarjeta a su propio sobre.

PE-2 se mantuvo regional. 02:17 se mantuvo local. 01:53 se mantuvo una nota de un taller. Solo cuando una fuente los unió con resistencia, se les permitió ser más.

En una hoja en blanco, Ana comenzó una consulta al Archivo de Puerto Esperanza. Escribió el asunto, el período y el término *unidades costeras*. Antes de enviarlo, borró el borrador. Una solicitud aún no era un viaje, pero podía hacer que otras personas buscaran una historia cuya pregunta Ana no podía formular claramente.

Ella esperaba. No por miedo a lo que estaba fuera de San Desvelos. Por respeto a la diferencia entre una pista y un caso.

En el patio del archivo, el rectángulo del sol desapareció. Garúa se movió de nuevo sobre Centro, lo suficientemente delgado como para que los tejados permanecieran visibles. Ana cerró la ventana, revisó la inscripción del sobre y lo llevó al estante. Allí no estuvo ni en la documentación completa ni en las consultas en curso. Empujó un espaciador vacío al lado. No como señal de un segundo volumen, sino para que ninguna otra existencia se moviera accidentalmente en su lugar. Luego lavó la taza de café y apagó la luz en la sala de trabajo.

Rafael no le dijo nada al respecto ese día. No porque ella desconfiara de él. Precisamente porque sabía lo confiable que podía ser su atención si un episodio permanecía abierto.

Inés recibió un breve mensaje: *El identificador regional está ocupado de nuevo. No hay necesidad de actuar actualmente.*

La respuesta llegó un minuto después: *¿Ostrado como identificador o como fenómeno?*

Ana escribió: *Como identificador.*

Inés respondió: *Bien.*

Ana no cerró el sobre. Solo ató la cinta alrededor, una vez a lo largo, una vez transversalmente. Luego lo puso en el compartimento junto al banco de pruebas de Radio Desvelo, no dentro.

Desde el mercado, las rejillas metálicas, las cajas y los gritos de los comerciantes atravesaban la ventana abierta. Un autobús iba hacia el norte. Su bocina sonaba dos veces corta, una vez larga.

San Desvelo no fue el centro de atención en ningún mapa. Era solo el único lugar cuyos cinco puntos Ana conocía.